

SOBREVIVIENTES
DEL

HURACÁN GILBERTO

SANTIAGO GONZÁLEZ SOTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LÉON



Sobrevivientes

del

HURACÁN GILBERTO

Sobrevivientes

del

HURACÁN GILBERTO

SANTIAGO GONZÁLEZ SOTO

Universidad Autónoma de Nuevo León



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE NUEVO LEÓN
Secretaría de Extensión y Cultura

Jesús Ancer Rodríguez
Rector

Rogelio G. Garza Rivera
Secretario General

Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta
Centro, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095
e-mail: publicaciones@uanl.mx
Página web: www.uanl.mx/publicaciones

Primera edición, 2013

© Universidad Autónoma de Nuevo León
© Santiago González Soto

ISBN: 978-607-27-0168-7

Impreso y hecho en Monterrey, México
Printed and made in Monterrey, Mexico

MENSAJE DEL RECTOR DE LA UANL, DR. JESÚS ÁNCER RODRÍGUEZ

La Universidad Autónoma de Nuevo León ha sido fuente inagotable del conocimiento humano desde hace 80 años cuando se constituyó en la Máxima Casa de Estudios de nuestra entidad y desde entonces ha ido de la mano del progreso y el desarrollo de nuestro Estado cumpliendo los sueños de los fundadores de nuestra alma mater.

A lo largo de su historia, la UANL ha sido promotora de inventos, ha motivado el descubrimiento de nuevos talentos, ha desarrollado tecnología y ha ido acumulando una invaluable riqueza de conocimientos científicos y sociales contados a través de crónicas periodísticas que hoy forman parte del acervo histórico al que los nuevoleonenses tenemos acceso a través de múltiples bibliotecas y sitios de internet creados en nuestra Universidad para alentar la flama de la verdad.

Somos universales porque la UANL, a través de sus diferentes escuelas de educación superior, ofrece

la visión de Nuevo León en el trascurso de la historia colocándose a la vanguardia del quéhacer científico con responsabilidad social, sentido crítico y humanismo.

La UANL, en la celebración de su 80 Aniversario, se congratula y felicita a la directora de la Facultad de Ciencias de la Comunicación, la M.E.S. Lucinda Sepúlveda, porque incluyó entre los festejos de sus primeros 35 años la edición de un valioso libro que narra de una manera emotiva y dramática los trágicos acontecimientos provocados por el Huracán Gilberto hace 25 años.

Se trata de una crónica escrita por el periodista, Santiago González Soto, quien nos introduce al ojo del Huracán Gilberto de una manera pormenorizada, detallada y secuencial, reflejando ese estilo clásico que le ha caracterizado a lo largo de su trayectoria profesional en que va recreando en esta obra los momentos más desesperantes que vivieron los pasajeros de 4 au-

tobuses, que permanecieron atrapados en el lecho del río Santa Catarina, hasta que se los tragó la corriente, al igual que al comandante de la entonces Policía Judicial, César Cortés y sus 4 heróicos compañeros.

Este será un valiso documento que la UANL y la FCC ponen a disposición de historiadores, investiga-

dores, profesores, estudiantes y público en general para que conozcan qué ocurrió la madrugada del 17 de septiembre de 1988 cuando se registró la peor tragedia humana y material en la historia de Nuevo León.

Monterrey, N.L. 17 de Septiembre de 2013.

PRÓLOGO

Las ciudades, como las personas, tienen fechas importantes en su historia. No sólo en su aniversario, también en sus hechos trascendentes y Monterrey tiene desde 1988 una cita con la historia que dejó el paso del Huracán Gilberto.

Ha pasado un cuarto de siglo y los recuerdos siguen vivos en la población, en muchos barrios, en numerosas calles, en lechos de arroyos, ríos y montañas porque ese fenómeno partió a la ciudad en dos y hermanó a todas las clases sociales.

Ese 16 de Septiembre era Aniversario de Independencia, inauguración de las Olimpiadas de Seúl, pero sobre todo fue el paso del Gilberto que arrasó zonas pudientes y deprimidas y puso en alerta a toda la ciudad.

Esta crónica de Santiago González narra de primera mano las horas más aciagas de cientos de regio-

montanos que vivieron o que murieron esa madrugada en que millones de litros de agua inundaron la ciudad, pero no doblegaron el espíritu de su gente.

Iniciado como reportero esa misma década, Santiago nos da testimonio de lo que vio, de los gritos de las víctimas de al menos cuatro autobuses que fueron arrastrados por la fiera corriente.

Testigo también del esfuerzo de civiles y uniformados solidarizados para auxiliar en las tareas de rescate en donde cientos más se salvaron de la furia de la naturaleza.

Este libro *Sobrevivientes del Huracán Gilberto* nos permite estar presente en medio de la tromenta, de los gritos, de los esfuerzos de miles de personas que trabajaron incansablemente para salvar a sus semejantes.

Su crónica ágil y descriptiva nos lleva a varias partes de la ciudad, nos evoca el bramido de las olas, el

ruido del viento, el ulular de ambulancias y patrullas. Pero nos habla de la pasión del periodista interesado en narrar, pero también en ayudar.

Con su equipo de camarógrafos y su unidad móvil nos transportan a los cuatro puntos cardinales en esa mortal-vital noche para escuchar los testimonios de autoridades, socorristas, uniformados y población que se afanaron en tareas maratónicas de salvamento.

Apenas se estrenaba el concepto de Protección Civil, no había celulares, no existía el despliegue técnico que facilitara pronósticos meteorológicos como los actuales pero el coraje y la determinación de la población está plasmada en estas páginas que el periodista nos entrega aquí

El reportero ya tenía la nota, no era la exclusiva, pero era el hecho que cambiaría la geografía de la ciudad, del estado y era la oportunidad para informar a su audiencia de manera impecable.

Es una invitación del reportero, del periodista y ahora historiador. Es una narración que nos atrapa a leerlo de golpe. Que nos sacude y nos advierte de no repetir los mismos errores porque la naturaleza reclamará siempre sus espacios vitales. Es una lectura obligada para los que deseen conocer la tragedia y la grandeza de un pueblo que siempre se levanta de sus momentos adversos.

José de la Luz Lozano

INTRODUCCIÓN

Después de la tempestad... volvimos a nacer, fue la reflexión que se me vino a la cabeza cuando desperté de mi asombro y comencé a dimensionar que estuvimos en riesgo de perder la vida la madrugada del 17 de septiembre de 1988 cuando el Huracán Gilberto devastó el Monterrey metropolitano, acabando a su paso con la felicidad de cientos o tal vez miles de familias que vieron como ese incesante movimiento de olas continuas que bajaban del río, dejaban en el camino la más terrible estela de muerte y destrucción en miles de hogares en Santa Catarina, San Pedro, Guadalupe, Juárez y Cadereyta jamás vista y grabada por la televisión en la historia reciente de nuestra metrópoli.

Pasaron 25 años para atrevernos a narrar con frialdad, crudeza y minuciosos detalles una crónica que nos aproximara a describir la taregida de la que fuimos testigos y protagonistas, desde aquél 15 de septiembre del 88 cuando recibí la orden de mi entonces jefe de

información de Cadena Televisora del Norte, Gilberto Armienta Calderón (q.e.p.d.): “Santiago, te toca la guardia; cubres el desfile (militar)”, hasta seguir la obligada indicación la madrugada del 17, que me llevaría a presenciar la más terrible transformación del apacible río Santa Catarina a un terrible “tsunami” por el que “desfilaban” algunos cientos de muertos.

Empujados por el instinto periodístico y una buena dosis de adrenalina, los camarógrafos Fabián Rojas, Jaime “Pacha” Rodríguez y Ricardo “el Conejo” Peña y Yo, el reportero “novato” de los noticieros de Canal 2 de Monterrey en 1988, salimos con la misma disposición de todos los días a recopilar información. Desconocíamos que íbamos por una noticia para la que no teníamos herramientas, conocimientos o armas para enfrentar al más grande huracán que se había registrado en años, décadas o siglos en el continente Americano: Gilbert.

Este peligroso huracán bautizado así por el Centro Nacional de Huracanes de los Estados Unidos, con sede en Miami (www.nhc.noaa.gov/) llegó a ser un ciclón categoría 5, con vientos de 298 kilómetros por hora de velocidad, sólo superado por el feroz Camille que registró vientos superiores a 324 km/h y Allen que había tenido vientos sostenidos de hasta 305 km/h.

Fueron muchos los muertos, lo recuerdo a la perfección, en todos lados y en todas direcciones, se podían contar por docenas; miles de víctimas aquella noche fueron sorprendidas por las turbulentas y embravecidas aguas del río Santa Catarina: perdieron su hogar, sus muebles, sus autos, se quedaron momentáneamente sin trabajo, las aguas se habían tragado sus esperanzas, su patrimonio, pero también a muchos de sus seres queridos; no lo podíamos creer, puesto que ese cauce, que divide la metrópoli, 24 horas antes estaba completamente seco; lugar de miles de deportistas que acudían a sus múltiples canchas.

Gilberto todo lo había cambiado en unas horas para todos; la madrugada del 17 de septiembre de 1988 fue una pesadilla para miles de familias. Nadie pudo dormir, ¿cómo conciliar el sueño si había llegado a Monterrey un monstruo? Cientos de toneladas de agua estuvo descargando y almacenando Gilberto en lo alto de la Sierra Madre Oriental: los poblados de Ciénega de González y El Manzano fueron el conte-

nedor que tras derramarse, vació a raudales su gran contenido en unas cuantas horas, a una velocidad, tan increíble como impredecible, al popular lecho del río Santa Catarina. Todo era distinto hasta unas horas antes, la vida citadina de los millones de habitantes del Monterrey metropolitano dejó de ser la misma, realmente tuvimos suerte de vivir para poder contar lo que nuestras cámaras registraron hace 25 años. Es indescriptible, sentir rabia e impotencia y no sentir miedo a la vez, viendo como el agua arrastraba y devoraba hombres y mujeres que sólo alcanzaban a elevar sus brazos por encima del oleaje hasta desaparecer en las fauces de un río embravecido que tragaba de una bucanada cuanto se atravezara a su paso.

Los cuerpos de hombres, mujeres y niños eran como fragiles pétalos empujados por la brutal corriente, llevados al poderoso vaiven de un río que no perdonó invasores en su lecho hasta perderlos en la distancia y la profundidad de un cauce que alcanzaba los 15 o más metros, cavidad suficiente para sepultar, sin dejar huella, todo aquello que había invadido el lecho y que ese día reclamaba como suyo.

¿Cuántos enigmas dejó Gilberto? ¿cuántos han sido revelados? ¿cuántos más jamás serán despejados? ¿se han preguntado por qué los autobuses estaban en el lecho del río Santa Catarina? ¿alguna vez se cuestionaron qué pasó con los 4 autobuses? ¿Alguien

de Ustedes sabe quién se llevó los juegos Manzo? ¿conoce alguien de Ustedes cómo perdieron la vida el comandante César Cortés y sus hombres de la Policía Judicial del Estado? ¿Cuántos de los pasajeros de los autobuses rescataron los socorristas la Cruz Verde de

Monterrey? Son secretos que muchos se llevaron a la tumba, otros tuvimos la suerte de seguir con vida para contarlos en esta crónica al cumplirse los primeros 25 años del destructivo “Huracán de Miedo”: Gilberto.

15 DE SEPTIEMBRE DE 1988

Sala de Redacción de Noticieros de Canal 2 XHFB (hoy Televisa Monterrey), calle Privada Alameda, (hoy José Marroquín “Pipo”) Centro de Monterrey.

Las teclas de las máquinas de escribir parecían música que animaba a los reporteros a sacar las mejores notas de su cotidiana labor reporteril. Ese día ya habíamos regresado de nuestras fuentes habituales de información y redactábamos las noticias en aquellas modernas e inspiradoras Olivetti, montadas en sus escritorios y listas para ser usadas después de haber tenido un día periodístico “normal”. Nada de escándalos políticos, las mismas opiniones de los alcaldes, las notas preventivas sobre la llegada del huracán Gilberto a Nuevo León, pero nada que destacar aquel día soleado a medio nublado que registró nuestra Ciudad y que esperaba paciente la celebración de un desfile militar para conmemorar el 178 Aniversario de la Independencia de México.

Mis compañeros de redacción Homero López Ortiz (q.e.p.d.), Maricela García, Sanjuana Martínez, Roberto Mora (q.e.p.d.) Guadalupe Meza, Emilia Guzmán y José Cortázar prácticamente habíamos concluido la jornada periodística, nos preparábamos para una espléndida y patriótica cena mexicana: unos tacos y unas cervezas. Charlábamos poco después de las 5 de la tarde sobre temas noticiosos, chismes de políticos y las pasadas elecciones presidenciales; justamente el debate se había centrado en los reclamos de la izquierda y la derecha sobre quién había ganado las elecciones del 88. ¿El priista, Carlos Salinas de Gortari (ya declarado Presidente electo para el período 1988-1994) o Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano? Quien fuera abanderado del movimiento Frente Democrático Nacional, hoy transformado en el Partido de la Revolución Democrática (PRD). Casi habíamos “arreglado” el proceso electoral cuando sorpresivamente fuimos interrumpidos por un sonriente y bromista Gilberto

Armienta Calderón (q.e.p.d.), siempre alegre y entonces Jefe de Redacción del departamento de Noticias de Canal 2 de Monterrey, encargado momentáneo de la gerencia de noticias en ausencia del titular Gilberto Marcos Handall.

¿Cómo van muchachos? Preguntó Armienta Calderón, observándonos tras aquellos lentes de aumento que le caracterizaban. ¡Bien! respondimos al unísono los reporteros, mostrándole una sonrisa que dejaba ver nuestra satisfacción porque pronto dejaríamos la redacción para irnos a festejar la Independencia de México. Creíamos que nos esperaba una gran noche mexicana: mariachis, copas, baile, serpentinatas, fuegos pirotécnicos y mucha plática.

Caminó ruidosamente hasta donde Yo redactaba mis noticias, sin dejar de teclear escuché cuando ordenó: “Santiago (González Soto) te toca la guardia. Tú eres el “novato” en esta redacción, así que te encargo el Desfile (Militar del 16 de Septiembre). Checa, por aquello de las dudas, cualquier destrucción que pueda provocar el Gilberto. Soltamos la carcajada, todos habíamos pensado que se refría a nuestro entonces director de Noticias, Gilberto Marcos, quien por esos días se encontraba de viaje, acompañado de un equipo de camarógrafos y su productor, Asael Sepúlveda.

La orden de trabajo que me dejaba Don Gilberto Armienta Calderón en realidad no contenía mayor im-

portancia a la posible presencia del Huracán Gilberto en tierras regias; los reporteros, creo que éramos algo así como “ninis incrédulos”, puesto que ni mis compañeros ni Yo creíamos que el tan anunciado ciclón llegaría a Monterrey 30 horas después de esa orden, cargado de ira y menos que su paso por la metrópoli dejaría una estela de llanto, muerte y destrucción desde el municipio de Santa Catarina hasta Cadereyta.

“Un huracán jamás llegará a Monterrey porque nuestra ciudad está protegida por las montañas”, me decía Yo mismo aquella tarde al salir de la redacción de noticieros de la televisora de la privada Alameda, afirmación que replicaba frente a mis compañeros reporteros que asentían confirmando “nuestra teoría del Monterrey amurallado contra ciclones”. Salimos de Cadena Televisora del Norte Sanjuana Martínez, Roberto Mora (q.e.p.d.) y Yo; nuestro destino era el café, restaurante o taberna llamada el Fogón, ubicada allá por Aramberri y Venustiano Carranza, muy cerca del edificio de la entonces Policía Judicial del Estado y no muy lejos de la televisora. Para entonces ya se encontraban en espera de nuestro arribo, bueno eso creíamos, Liliana González, Sylvia Lydia González, Alma Leticia García, Ramón Rodríguez (q.e.p.d.), Agustín Carlos Lozano, Gerardo Ruiz Rodríguez y Joel Muñoz Alvarado. Llegamos a nuestra fiesta mexicana, Agustín Carlos Lozano hacía planes para “llevarnos de pesca a Soto la Marina, aprovechando el puente” cuando lo interrump-

pimos con nuestro alboroto ¡ya llegamos! Gritó Sanjuana Martínez. Atravezamos una nube de humo formada por no se cuántos cigarrillos hasta chocar nuestras manos con nuestros compañeros fundiéndonos en un caluroso saludo. Los no fumadores tragamos en ese trayecto miles de aquéllas pequeñas partículas sólidas que se encontraban suspendidas en el aire hasta llegar a la mesa. Después de todo a nadie parecía molestar el humo producido por la combustión incompleta del cigarro que fumaban algunos de nuestros amigos; faltaba mucho aún para que se prohibiera fumar en lugares públicos y cerrados.

Sabíamos que más que el café, era la copa, la charla y el debate entre reporteros de diferentes medios que cotidianamente nos reuníamos en “La Casa que Arde de Noche”, ubicada en Jiménez casi con Washington. Nos unía la amistad y nos enfrentaba nuestra celosa profesión, no compartíamos información a pesar de vernos de frente y a la cara, ahí asistíamos periodistas de diferentes medios, la mayoría de el Diario de Monterrey, hoy Milenio como Julio Castillo, Alejandro Salas, Sotero Monsivaís Garza y Felipe Vielma; de vez en vez acudían uno que otro compañero del periódico El Norte como Roldán Trujillo, José Luis Undiano o Alfredo González; incluso llegaron a asitir Luis Ángel Garza y Filiberto Garza del Porvenir. Esa noche Liliana, Sylvia Lydia, Alma Leticia, Ramón (q.e.p.d.), Agustín Carlos, Gerardo y Joel se habían ol-

vidado por completo de las órdenes que habían recibido de su antiguo Jefe y subdirector de El Diario, Juan Francisco Salazar, para disponerse a recibir la noche mexicana. Paco, como le decíamos a Juan Francisco Salazar, ocupaba en esos días el sillón del Lic (Jorge) Villegas, quien se encontraba en ese entonces en Buenos Aires, Argentina, dictando una conferencia. Claro que por supuesto llenaba el sillón. Reíamos.

La noche del 15 de septiembre nos había congregado con la idea de “componer el mundo” en unas horas. Todos éramos jóvenes y solteros ¡ya se habrán de imaginar! Nos esperaba una desvelada se-gura, prácticamente nadie trabajaría al día siguiente y algunos irían al periódico hasta el domingo, así que ni por asomo había el interés de abandonar la “fiesta mexicana” porque además, ninguno de nosotros estábamos atados al matrimonio. Más bien estábamos y seguimos casados con nuestra profesión: el periodismo. Nuestra charla la víspera del arribo de Gilberto versaba sobre nuestras épicas periodísticas y algunas diabluras realizadas a políticos, policías y ladrones, realmente era embriagador charlar acerca de todos los detalles ocurridos durante nuestras entrevistas y noticias producidas día a día en la famosa talacha reporteril. Estábamos embebidos en nuestra plática cuando un hombre corpulento, con muchas joyas al pecho y una enorme pulsera en la muñeca caminaba en dirección a nuestra mesa, se acercó y saludó

de mano a Agustín Lozano, entonces reportero de la fuente de policía de El Diario de Monterrey; alzó su brazo y ondeó su mano saludando al resto de los comensales. Se retiró en el acto, seguido de una expresión general ¡qué amiguitos! y reímos. Después me enteré que se trataba del comandante, César Cortés, el famoso Campeón de la Policía Judicial, como le conocían en el argot policiaco.

Sería casi la medianoche que decidí retirarme sin que se notara mucho mi despedida, quería salir mucho antes que el resto del grupo, pretextando que por ser el “novato” de Canal 2 me había tocado la guardia del Desfile del 16 de Septiembre. Ramón, cigarro en mano, insistía en que me quedara, argumentando que iríamos a dormir a la casa de Agustín Carlos Lozano ¿y Cobitos, dónde lo dejaste? Pregunté a Ramón

por Francisco Cobos, quien tiempo después sería el Gerente de Noticias de Televisa Monterrey (en la actualidad es corresponsal de UNIVISIÓN) intentando desviarle su insistente ruego para que me quedara más tiempo ¡Paco (Salazar) lo castigó!, respondió, al tiempo que levantaba su botella de cerveza en su intento por chocarla con la mía. En realidad ni le escuché lo que pedía, Yo traía en mente retirarme sin pensar siquiera que me esperaba una muy larga jornada de trabajo de casi 35 horas. Me despedí al viejo estilo de quien no quiere retirarse, pero que debe hacerlo por obligación: “ahora regreso voy al baño”, dije, para cuando se preguntaron dónde me encontraba, Yo casi estaba en casa de mis padres, donde más tarde dormiría a placer. Los muchachos continuaron la juerga hasta al amanecer, según supe después.

VIERNES 16 DE SEPTIEMBRE

Asomaban algunos rayos de sol, el cielo se apreciaba medio nublado, sin lluvia y una agradable temperatura de unos 22 grados centígrados. Eran los buenos días de aquél 16 de septiembre de 1988. Yo desperté, me bañé, me arreglé, me desayuné... “Ya me voy mamá”, fueron las palabras con las que me despedí de mi madre, Ofelia Soto, la mañana del día 16, apresurándome a salir para acudir a mi encuentro con la noticia más trágica, con la que jamás me hubiera imaginado me enfrentaría en mi vida, podría afirmar que se trató de la peor tragedia que se haya registrado en nuestra entidad a lo largo de su historia, de ese tamaño sería Gilberto, pero ni por la mente me pasaba lo que viviría 30 horas más tarde. Libreta en mano, pluma y muchas ganas me preparaba, primero que nada, a dar cobertura periodística al Desfile Militar, con el que anualmente en México se conmemora la justa de Independencia de nuestra Patria, era en lo

único que pensaba: Serían las 8 horas cuando salí corriendo a tomar el camión de la Ruta San Rafael, en ese entonces vivía en Guadalupe: Qué Dios te bendiga hijo, cuídate mucho, están diciendo desde ayer que el Huracán Gilberto llegará a Monterrey con mucha fuerza, no vaya a ser cierto lo que dicen: que la Ciudad se inundará. Me dijo mi madre, al tiempo que me santiguaba dándome su bendición.

Desde ese momento sus palabras martillarían mi cerebro y repicarían constantemente: la Ciudad se inundará: Yo seguía sin creer. Premonición, sueño, sensación o como haya sido, mi Mamá lo había pronosticado esa mañana que me dio su bendición. Cuando salí apenas llovía en el área metropolitana, no le presté mucha atención a sus dichos, pero ese pronóstico amenazaba con convertirse en realidad apenas se presentara la noche. El camión transitaba a su velocidad; subían y bajaban pasajeros; recorría calles, avenidas, los autos, la gente, los policías iban

y venían... todo fluía normal en esta Ciudad. Las noticias difundían el paso destructivo de Gilberto por costas mexicanas, aunque en Monterrey seguíamos con la misma incredulidad, poco creíamos en que un huracán pudiera penetrar nuestras barreras naturales: la Sierra Madre Oriental. Claro esas montañas situadas a más de 2 mil metros sobre el nivel del mar serían nuestro mejor escudo, nos decíamos.

Llegué antes de las 9 de la mañana a Canal 2 de Monterrey (hoy Televisa). Chequé pendientes en mi escritorio y fui al encuentro de mis camarógrafos Fabián Rojas y Jaime “Pacha” Rodríguez, más tarde se uniría al grupo, Ricardo “Conejo” Peña, ambos ya me esperaban en la planta superior de la televisora. ¿Listos? pregunté. ¿Qué onda mi Chago? respondió Fabián. Todo bien, les dije ordenando que los vería en el estacionamiento. Abordamos la unidad móvil del canal, una de esas Combis muy simpáticas de la VW, propiedad del primer camarógrafo de exteriores que exitió en Monterrey, Don Manuel Martínez Ita (q.e.p.d.), entonces jefe de camarógrafos de la televisora, se trataba de un mueble con mucho espacio en su interior y muy cómodo. Trepamos el automotor y enfilamos por Espinosa, Pino Suárez y Arramberry hasta llegar a Zaragoza. Buscamos estacionarnos en los alrededores de Palacio de Gobierno. Llovía ligeramente de manera intermitente, pero nada que impidiera celebrar el tradicional Desfile Militar del 16

de Septiembre. Caminamos de Norte a Sur por Zaragoza hasta confundirnos con familias completas que ya ocupaban algún espacio en los alrededores de la Explanada de los Héroes. Los papás con sus hijos cargaban sillas y paraguas, esperaban ansiosos el paso triunfador de los soldados, fieles representantes de nuestro Ejército nacional. Para mi aquella escena era nueva, no era mi fuente de información habitual, era mi primera cobertura periodística de un desfile y también la primera ocasión que acudía al Palacio de Gobierno para “codearme” con las altas autoridades civiles y militares del Estado. Desconocía quienes eran el secretario de Gobierno y el Procurador de Justicia, con quienes años más tarde haría amistad.

Un brillo especial asomaba a mis ojos, disfrutaba ese momento, me sentía un reportero importante, sabía que periodísticamente me encontraba en la fuente de información de mayor relevancia en la entidad. Sí, me decía, soy el más importante, y como no habría de serlo, era el único reportero de mi televisora ese día en la redacción. Más que ansioso, estaba entusiasmado de estar presente en aquél majestuoso edificio de cantera rosa, emblema de poder y discordia a lo largo de décadas y siglos.

Por primera vez había penetrado aquella barrera custodiada por policías uniformados que obedientes impedían el paso a los ciudadanos comunes y que en

ceremonias oficiales jamás tendrían acceso a la sede del Poder Ejecutivo del Estado. Los guardias de seguridad nos abrieron el paso, era más que obvio que representábamos una televisora: Ricardo cargaba la cámara de tv, Jaime portaba la videocassetera al hombro, (en ese entonces el equipo venía divorciado), Fabián traía la lámpara y unos cables), en tanto Yo, caminaba al frente, micrófono en mano, mostrando el cubo de la televisora a los policías, recuerdo les dije: somos reporteros de Canal 2 de Monterrey. ¡wow! Se abrieron a nuestros ojos las puertas del Palacio, veíamos un ejército de asistentes, funcionarios y meseros que a nuestro paso nos ofrecían canapés, aguas, sodas y antojitos mexicanos. Finalmente habíamos penetrado la fortaleza oficial, ya estábamos dentro para describir lo que miles de ojos verían a través de nuestras cámaras.

Salímos por el frontispicio del Palacio de Gobierno, imponente desde su construcción en tiempos del General, Bernardo Reyes, observamos a la multitud

que nos miraba o que miraban hacia la calle Zuazua donde estaban preparados los contingentes que desfilarían. A pesar del pronóstico del arribo de un huracán, la gente esperaba paciente el inicio del Desfile. Minutos después iniciaba el ceremonial, arraigada costumbre que mantenían y mantienen los gobiernos desde el triunfo de la Independencia de 1810. El Gobernador, Jorge Treviño, (1985-1991) el secretario de Gobierno, José Natividad González Parás, el Procurador de Justicia, Juan Francisco Rivera Bedolla y el alcalde de Monterrey, Don Luis M. Farías (q.e.p.d.) ya caminaban al templete principal para encabezar el Desfile que nunca sería noticia. Parecían toreros partiendo plaza, caminaban mientras intercambiaban frases y mensajes no audibles para los reporteros, esperando los aplausos, que finalmente se llevarían los soldados.

EL DESFILE QUE NUNCA SERÍA NOTICIA

Sin contratiempos y apresurando el paso de los vehículos motorizados del Ejército, iniciaba el tradicional Desfile del 16 de Septiembre de 1988, durante unas dos o tres horas todo transcurriría en aparente calma; una lluvia ligera se dejaba sentir por momentos, arreciaba en ocasiones y sin avisar dejaba de llover. Llovía en forma de aspas de ventilador, decían los “expertos”. La lluvia jamás detuvo el andar de los soldados: se veían altivos, ordenados, orgullosos mostrando con destreza y gallardía sus ejercicios militares abordo de las nuevas unidades con las que contaban los co-

mandantes de la 4ª Región Militar con Sede en Nuevo León y la Séptima Zona Militar, donde despachan los representantes de la Secretaría de la Defensa Nacional. Todo eso ocurría, mientras el Gobernador, Jorge Treviño recibía información acerca del avance y trayectoria que seguía el Huracán Gilberto, todavía en aguas del Golfo de México. El secretario de Gobierno, José Natividad González Parás, quien tiempo después sería Gobernador del Estado (2003-2006) intercambiaba informes con el entonces secretario de Gobernación, Manuel Bartlett, quien lo mantenía al tanto del desarrollo del fenómeno.

MEDIOS ANUNCIAN ARRIBO DE GILBERTO

Viene (Gilberto) para Acá, fue el encabezado de los periódicos vespertinos de Monterrey; El Sol y Extra, los chiquillos corrían por las calles gritando los encabezados de sus periódicos. La edición de los periódicos matutinos no saldría el sábado 17 porque había descanso obligado para los trabajadores y los reporteros por ser día de asueto, creo que casi todos mis compañeros de otros medios descansarían, sólo unos cuantos, “los novatos”, nos manteníamos en guardia ese día 16 de septiembre. Una noche antes, Don Miguel Ángel Vidal Espejo, entonces recién estrenado meteorologista de Canal 28 de Gobierno, se aventuró, con conocimiento, a pronosticar que Gilberto vendría a Monterrey en forma de tormenta tropical. ¡Le había atinado! El huracán llegaría a nuestra Ciudad con la fuerza de un ciclón, categoría 2 ó 3, al filo de la medianoche. Era pasado el mediodía, para entonces había concluido el desfile militar. La gente se alejaba en medio de la

lluvia. Templetes, barreras de contención, vehículos y sonido fueron retirados de la Explanada de los Héroeos hasta hacerle vacío poco a poco a la Macroplaza. Impávidos, ante los pronósticos de un huracán, habían quedado el General, Mariano Escobedo, José María Morelos y Pavón, Miguel Hidalgo y Costilla y Benito Juárez, celosos guardianes el Palacio de Cantera desde que Alfonso Martínez Domínguez (Gobernador 1979-1985) construyó la Macroplaza.

Los noticieros de radio y televisión de Monterrey apenas anunciaban que la trayectoria del Huracán Gilberto amenazaba con llegar a Nuevo León. ¿Cuándo? Aún no acertaban a confirmar el momento, Don Miguel Ángel Vidal Espejo era el único que afirmaba en Canal 28 de Gobierno que Gilberto llegaría la noche del 16 a Monterrey, el resto de los medios aseguraban que el huracán avanzaba titubeante por el Golfo de México, que su trayectoria era incierta y se pensaba que podría desviarse hacia Matamoros, Reynosa,

la Isla del Padre e incluso Corpus Christi, pero no fue así; Gilberto decidió atacar las costas de Tamaulipas, a la altura de un lugar conocido como la Carbonera, entre la Pesca y Soto la Marina, justamente a la playa a donde quería llevarnos Agustín Carlos Lozano. El

arquitecto, Héctor Benavides (conductor del Notiero de Canal 12 de Televisión), confirmaría más tarde que Gilberto llegaría a la Carbonera poco después de las 6 de la tarde de ese 16 de septiembre en un boletín difundido por la secretaría de Gobernación.

INCRÉDULOS, VACILAMOS CON LA LLEGADA DE GILBERTO A MONTERREY

Muchos nos preguntábamos ¿huracán en Monterrey? Seguíamos bromeando y pensando que jamás seríamos víctimas mortales de un ciclón, nos divertía ser incrédulos al grado de autorespondernos: “No, a Monterrey no entran huracanes, estamos rodeados de Monteñas”. A unas horas del tan anunciado visitante muchos seguíamos sin tomar con seriedad las noticias o no creíamos que Gilberto sería altamente agresivo, como lo describían los noticieros. De hecho ningún locutor al aire pedía a la población que tomara sus precauciones: que almacenaran viveres, que tuvieran una linterna con baterías a la mano o que estuvieran al pendiente de las transmisiones radiales.

A la hora de la comida regresé a la redacción de noticias de Canal 2 de Monterrey, redacté algunas notas, porque como decía Agustín Carlos Lozano, para escribir García Marquez o Carlos Fuentes, nosotros los reporteros aspirábamos a redactar las pinkis no-

ticias del día. Terminé mi trabajo reporteril matutino, había redactado mi nota del desfile y las entrevistas con el Gobernador, el Procurador y hasta con el alcalde electo de Monterrey, Sócrates Rizzo. Nada de alarma sobre la presencia de Gilberto, en tierras tamaulipecas y el pronóstico que por la tarde-noche llegaría a Nuevo León haciendo su arribo por Linares: “Por instrucciones del Sr. Gobernador (Jorge Treviño Martínez) estaremos en alerta y en comunicación con nuestros alcaldes de la región citrícola”: comentó a la prensa en su momento el Procurador de Justicia del Estado, Juan Francisco Rivera Bedolla.

Yo mismo debo confesar que no creía en la fuerza destructiva de Gilberto, porque hasta las 17 horas la lluvia parecía a la de cualquier llovizna de temporal, eso sí algo copiosa, aunque a esa hora Gilberto ni siquiera había tocado tierra en Tamaulipas. Nuestro huracán seguía siendo un ciclón peligroso de categoría 3 desplazándose en el Golfo de México; en el capital

estatal y sus suburbios los vientos no daban señal de la gravedad del fenómeno, es más ninguna autoridad acertaba a pronosticar que la Sierra Madre Oriental se podría convertir en un gran contenedor que pronto estallaría y caería como cubetazo desde una altura mayor a los 2 mil metros sobre el nivel del mar a la inofensiva e inerme Gran Ciudad Metropolitana de Monterrey, a la que seguíamos creyendo que estaba amurallada contra grandes tempestadas y protegida por sus elevadas montañas. La naturaleza todo lo puede y todo es impredecible.

Salí a buscar noticias relacionadas con los estragos que las lluvias del Gilberto pudieran haber provocado en diversas colonias de los municipios conurbados. Ibamos de Santa Catarina a Guadalupe y de Apodaca a San Nicolás, aún reinaba la calma en el área metropolitana a pesar que seguía lloviendo, sin que hasta ese momento se presentaran mayores problemas en la Ciudad. Creí que mi jornada laboral estaba a punto de terminar aquél día del desfile, tras conocer la información sobre unos cuantos damnificados que nos habían reportado en las Escobas y Hogares Ferrocarrileros. Los informes fluían lentos porque no se habían reportado desgracias hasta entonces. Poco se sabía de sitios como el Realito en Monterrey, el río de la Silla, el Arroyo Seco o de los barrios bajos e irregulares de San Pedro, ubicados en las márgenes del río Santa Catarina o de decenas de colonias, que

a esa hora sólo veían como crecían las avenidas en las faldas del cerro de las Mitras, el cerro de la Silla, el Topo Chico y la Huasteca.

Dos eran los incidentes “graves” que hasta esa hora me habían reportado autoridades y socorristas de los diversos puestos de las cruces Roja y Verde provocados por Gilberto: vecinos del antiguo ejido las Escobas en Guadalupe habían sido evacuados porque el nivel del agua amenazaba con inundar sus viviendas y el reporte de algunas casas anegadas por las lluvias en Hogares Ferrocarrileros por la avenida Fidel Velázquez en Monterrey, donde tuvieron que evacuar a sus moradores.

¡Esos eran los grandes daños de Gilberto en Nuevo León! Aún el huracán no era la gran noticia que más tarde nos estremecería y menos el que aparecería a ocho columnas en los rotativos más importantes del muuuundo. Pasaban las 7 de la tarde y me seguía preguntando ¿dónde están los vientos huracanados? ¿dónde están las lluvias torrenciales que traería Gilberto al estado? Pamplinas y reía con mis compañeros de trabajo. Simplemente no creíamos, porque desconocíamos, al igual que miles, que Gilberto, como buen soldado, se estaba preparando para el ataque. Silenciosamente hacía su arribo a Nuevo León ocupando las alturas en la montaña, se ocultaba en la obscuridad de la noche y lo ruidoso de sus vientos, enga-

ñaba a los expertos, mentía a los incrédulos, fingía deshacerse en lo alto de la Sierra Madre, pretendía confundirnos para no despertar sospechas, se mostraba débil a los radares, su camuflaje era el de una flácida depresión tropical, quería que lo evitáramos; anunciaba una falsa incapacidad, porque su deseo era continuar su ruta de muerte de 2 mil kilómetros, creímos en su debilidad al grado de obligarnos a bajar la guardia. Gilberto se mostraba astuto y altanero, pero sin dejarse sentir ni ver a nuestros ojos, más tarde manifestaría su verdadero rostro al mundo, justo cuando las condiciones le permitieran arrojar de manera despiadada todo su poder buscando acabar con el mito aquél de que Monterrey era impenetrable por un huracán: Esperaba paciente, no traía prisa, permanecía vigilante y esperando el momento para avalanzarse sobre la ciudad, convertido en torrente sin control, deseaba vernos desprevenidos, encontrarnos dormidos, agarrarnos descuidados, buscaba la manera más cómoda para deslizarse sobre su avenida, quería hacernos creer que no encontraba su caída natural. En la Sierra Maestra sus aguas se habían pertrechado, se resistían fieramente a lanzarse en partes, estaban alojadas en la montañosa Sierra Madre del Oriente, esperaba la señal de ataque, se había robustecido, tenía mucho tiempo para demostrarnos su fuerza, su poder; deseaba dejarse sentir en forma atropellada con sus líneas perpendiculares y largas pendientes nacidas en

lo alto de la montaña. Se trataba de mostrar su creativa capacidad formando irregulares caudales, embravecidas, crecientes y devastadoras avenidas; parecía que Gilberto quería demostrar que podía erosionar la superficie de la tierra hasta levantar toneladas de roca. Desconocíamos qué armas poseía, ni siquiera imaginábamos la magnitud de lo que provocarían en la metrópoli sus miles de metros cúbicos de agua, lanzados en un sólo cuerpo, en una mole líquida capaz de arrastrar toneladas de masa inerte que cobrarían vida sólo para ponernos de rodillas dejando una huella imborrable y lacerante para millones de habitantes.

Abajo en La Ciudad, a poco más de 500 metros sobre el nivel del mar, nosotros seguíamos recorriendo el área conurbada. Las autoridades civiles y militares apenas atendían a unos cuantos damnificados cuyas casas habían sido filtradas por el agua acumulada en sus techos, nadie en absoluto imaginábamos lo que Gilberto tramaba en las alturas, allá en la Ciénega de González, muy cerca de El Manzano, Santiago, Nuevo León, donde el huracán gestaba la toma de Monterrey.

La tarde caía y hasta entonces nada fuera de lo que antes no hubiesen provocado las lluvias de temporada había ocurrido en nuestra Ciudad; sin novedades en el frente decidimos regresar a la redacción ese día de asueto. Todo Monterrey descansaba, ya pasaban de las 8 de la noche, en casa seguramente las

familias veían televisión o celebraban la Independencia con unos tragos, carnitas, antojitos, carne asada o tacos aprovechando que el siguiente día sería sábado y continuaría la pachanga. Lo que hasta ese momento se había presentado ni al gobernador ni a los alcaldes metropolitanos parecía preocupar mucho, al igual que a los cuerpos de seguridad, incluido el Ejército, puesto que nada fuera de lo normal había ocurrido en el área metropolitana. Lo registrado hasta entonces era algo que ya habíamos vivido los regios en otras ocasiones: inundaciones en las zonas bajas de la ciudad y un puñado de damnificados en el ejido de las Escobas y Hogares Ferrocarrileros era el reporte policíaco.

Las cuadrillas de Agua y Drenaje y de la CFE atendían los llamados de urgencias, en tanto las operadoras de TELMEX recibían quejas por fallas en el servicio. Fueron varias veces las que nos topamos con trabajadores de la Comisión Federal de Electricidad que acudían a reparar fallas en el tendido eléctrico provocadas por las lluvias en decenas de colonias, en otras ocasiones veíamos la movilización de cuadrillas de Agua y Drenaje de Monterrey que atendían quejas por alcantarillas de drenaje levantadas por el agua. “El agua brotaba de las alcantarillas”, denunciaban los radioescuchas en las estaciones de radio.

Un primer reporte difundido por autoridades gubernamentales alertó sobre la posibilidad de ries-

go que podría provocar el huracán Gilberto en Nuevo León: “era al filo de las 20:00, dijo el arquitecto, Héctor Benavides, conductor del Notio-oro de Canal 12 de televisión, casi al terminar nuestro noticiero llegó al departamento de noticias un boletín urgente del Gobierno del Estado en donde se nos sugería alertar a la población sobre la posibilidad de que alrededor de las 3 de la mañana del sábado pudiera sentirse lo fuerte de la cola del huracán Gilberto e incluso recomendaban sellar puertas debidamente y sobre todo ventanas, ya que era probable la llegada de rachas de vientos fuertes capaces de ocasionar serios daños tanto en casas-habitación como edificios”.

¡Tres de la mañana! Había dicho Benavides al aire, uy faltaba mucho, me dispuse a trabajar en mis notas del día provocadas por las lluvias de Gilberto ese día del Desfile. Incluso, el Arqui me decía tiempo después que Gerardo Castro, funcionario de la oficina de Comunicación Social de Gobierno, le había llamado para indicarle la seriedad del contenido del boletín.

En las esferas gubernamentales y en las redacciones de noticias de las cadenas radiales, televisoras y periódicos de Monterrey no estábamos acostumbrados a las alertas de fenómenos meteorológicos como el que pronto presenciaríamos. No existía la cultura de la protección civil, a pesar que Miguel de la Madrid, entonces presidente de la República, había decretado

la creación de los comités de Protección Civil en todos los municipios y estados después de ocurrido el devastador temblor del 85 en la Ciudad de México.

Incluso, comentaba Héctor Benavides: “estábamos convencidos de que las sierras que rodean a Monterrey son una barrera natural ante la embestida de cualquier huracán”, esas palabras reforzaban mi teoría del Monterrey amurallado que manteníamos casi todos, sentíamos poseer una Ciudad poderosa, impenetrable ante los fenómenos naturales de tal magnitud como describían a Gilberto.

Creo que todos pecamos de prudentes: periodistas, gobernantes, medios de comunicación, autoridades, socorristas, cuerpos policíacos, todos pecamos de mantener bajo perfil, no sentimos en ese instante la obligación moral de alejar del peligro a los pobladores que habitaban predios irregulares en las márgenes de los ríos. Debieron ser desalojados, obligados a abandonar sus precarias viviendas. Tal vez las autoridades no quisieron, no desearon ni pensaron

irse al extremo “para no alarmar” a la población, pero esa inacción terminó minimizando el tamaño de la tragedia que se nos venía encima. “Convenimos manejarlos con mucha prudencia a fin de no alarmar a la población” confesó el Arquí Benavides en su libro *La Noche del Huracán*, “fue entonces que decidimos checar otras fuentes de información, entre ellas de “Channel Weather” (Weather Channel www.weather.com/) canal del estado del tiempo”.

Pasadas las ocho de la noche me puse a teclear en chinga queriendo terminar con rapidez para irme a casa “temprano”, según creía, mientras Fabián, Jaime y Ricardo mataban el tiempo viendo por Televisa la inauguración de los juegos olímpicos desde Seúl, pasando las 21:30 horas. Los minutos transcurrían y yo mantenía mi ritmo de trabajo en la sala de recacción de Canal 2 de Monterrey.

NACE GILBERTO EN EL CARIBE

Parecía que Gilberto sería un fantasma en el Caribe, en Nuevo León ni siquiera pensábamos en su presencia y mucho menos imaginábamos lo grave de los daños que provocaría días después. El ciclón había aparecido en el registro del centro internacional de Huracanes de Miami, USA. Hasta entonces pasaba desapercibido para nosotros desde que oficialmente se había formado en las aguas del océano Atlántico el día 8 de septiembre de 1988, los informes señalaban que se trataba de la depresión tropical número 12 de la temporada de huracanes aquél año del 88 que se había

originado muy cerca de las Islas de Barlovento, entre Venezuela, Puerto Rico y Jamaica.

Gilberto se desplazaba sobre las tibias aguas que ya alcanzaban los 27 ° celcius, de acuerdo con el registro histórico de los termómetros en el mar Caribe. Los servicios de meteorología dieron la alerta unas horas después de que Gilberto había dejado de ser una apacible depresión de aguas tibias para convertirse en tormenta tropical a un día de su aparición en el océano. Ese 9 de septiembre este huracán sería bautizado como Gilbert.

DÍA 10 DE SEPTIEMBRE: GILBERTO SE CONVIERTE EN HURACÁN CATEGORÍA 3

Gilberto se intensificó tan rápido al encontrar las condiciones propicias que le permitieron en tan sólo 24 horas transformarse en un intenso huracán de categoría 3 en la escala de Saffir-Simpson, poniendo en alerta la actividad marítima en la zona caribeña, desde Jamaica

hasta la península de Yucatán. En este momento las noticias sobre este ciclón comenzaban a conocerse en Monterrey a través de los noticiarios y periódicos locales; lejos, muy lejos estábamos siquiera de pronosticar que 6 días después vendría a nuestra Ciudad con su devastadora fuerza.

DÍA 12 DE SEPTIEMBRE: GILBERTO TOCA TIERRA EN JAMAICA.

El ciclón continuó una marcada trayectoria de oeste a noroeste hasta hacer contacto con tierras jamaquinas el día 12 de septiembre. Sus pobladores fueron sorprendidos, al igual que sus autoridades por la velocidad con que Gilberto se trasladó por las aguas del Caribe hasta llegar a esta isla. Los meteorólogos se quedaron impresionados con el tamaño de este huracán que en unas horas penetró el país, mientras que el ojo central aumentaba de velocidad atravesando por completo la isla de Jamaica. Gilberto se fortaleció hasta con-

vertirse en un huracán de categoría 4, asomando su poder destructor en este país caribeño. Gilberto golpeó con todas sus fuerzas las poblaciones costeras jamaquinas el 12 de septiembre con mareas y vientos huracanados que provocaban rachas de hasta 240 kilómetros por hora. Los registros señalaban que Gilberto era el primer huracán que impactaba a Jamaica desde el año 1951, hasta entonces sus habitantes no habían conocido una fuerza tan brutal y devastadora como la de este huracán, que a su paso desaparecía casas, negocios, edificios y carreteras.

ARREMETE CONTRA ISLAS CAIMÁN

Gilberto abandonó las costas de Jamaica, dejando muerte y desolación a su paso, sin perder fuerza avanzó en medio de las aguas del mar Caribe, que le habían proporcionado nuevamente todas las condiciones para intensificar rápidamente la velocidad de sus vientos. Gilberto aumentaba su poder hasta alcanzar vientos de 296 kilómetros por hora, acercándose peligrosamente a México.

Había alerta máxima en el mar Caribe, por la presencia de Gilberto en las Islas Caiman, donde alcanzaría vientos superiores a los 296 kilómetros por hora, convertido en un feroz huracán 5 de máxima categoría, considerado entonces por autoridades civiles y militares como altamente peligroso para embarcaciones y pescadores de esta región. Los pobladores sólo alcanzaban a ver como sus navíos se los había llevado el huracán, los reportes de noticias y servicios climatológicos oficiales sobre estos fenómenos meteoroló-

gicos daban cuenta de su gran poder de destrucción. Hasta entonces ningún otro huracán había alcanzado tal fuerza. Gilberto se había convertido en el tercer huracán con vientos y oleajes más intensos en la historia reciente, sólo superado por Camille, que registró vientos superiores a 324 km/h y Allen que llegó a tener vientos de hasta 305 km/h.

Este fenómeno ciclónico de 1988, llamado Gilberto, había registrado una presión mínima récord de 888 hectopascales, (hPa, que de acuerdo con el sitio de internet <http://feederico.com/que-son-los-hectopascales/> el hectopascal se simboliza de la siguiente manera: hPa, la cual consiste en una unidad de presión que equivale a 100 pascales, es decir, una sub-medida de éste. El pascal es la unidad de presión que utiliza el Sistema Internacional de Unidades. Se define como “la presión que ejerce una fuerza de 1 newton sobre una superficie de 1 metro cuadrado normal a la misma”. Las otras dos sub-medidas del pascal son el ki-

lopascal (kPa) que equivale a 1 000 pascales y la otra es el megapascal (MPa.) Gilberto había registrado la más baja presión en el hemisferio de Occidente, hasta

que en octubre de 2005 el Huracán Wilma estableció un nuevo récord registrando la presión atmosférica más baja de 882 hPa ala fecha.

14 DE SEPTIEMBRE: GILBERTO TOCA TIERRA EN LA PENÍNSULA DE YUCATÁN

En México, Gilberto ya era esperado en tierras yucatecas después de conocerse su trayectoria por el mar Caribe; el Gobierno Federal de Miguel de la Madrid había encendido todas las alertas, se había paralizado toda la actividad naviera, cancelado vuelos, minimizado toda actividad económica y alertado al turismo para que permaneciera a la expectativa del arribo del fenómeno. Las autoridades ya conocían la capacidad destructora del fenómeno y lo que había provocado en su paso por tierras caribeñas desde que apareció en el océano Atlántico el 9 de septiembre.

Este meteoro llamado Gilberto llegó a México tocando tierra por segunda ocasión el día 14 de sep-

tiembre sobre las aguas de la península de Yucatán; su poder se dejó sentir con toda su fuerza de huracán categoría cinco sobre costas mexicanas. Los registros indicaban que desde 1969 no se había presentado ningún ciclón nivel 5, cuando Camille atacó la región de Yucatán. A su paso había dejado muerte, destrucción y pobreza, dejando sin actividad pesquera y turística la región de la Riviera Maya, principalmente en Cancun, Isla Mujeres y Cozumel. Algunos barcos encajaron frente a grandes hoteles, según dieron cuenta los medios de comunicación ese día.

16 DE SEPTIEMBRE: GILBERTO ENTRA A LA CARBONERA, TAMAULIPAS

Gilberto salía airoso de la península de Yucatán, aunque algo agotado, los servicios meteorológicos informaban que todavía estaba convertido en un huracán con mucha fuerza categoría 3 al salir de esta región. Pero, apenas estuvo de nuevo en el Golfo de México, el ojo del huracán volvía a tomar fuerza hasta alcanzar vientos de casi 200 kilómetros por hora, se sintieron fuertes marejadas durante su trayectoria a lo largo de su ruta de destrucción por costas veracruzanas hasta volver a tocar tierra en La Carbonera, Tamaulipas.

Para entonces, los servicios meteorológicos aseguraban que este fenómeno se había debilitado tanto que sólo bañaría con sus aguas toda la región noreste del país: Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila, incluso se anunció que desaparecería en el sur del valle de Texas, EEUU, allá por Mc Allen. Lejos estaban los pronósticos de acertar lo que ocurriría con este fenómeno en el área metropolitana de Monterrey.

PROVOCA GILBERTO INUNDACIONES EN LAS ESCOBAS Y HOGARES FERROCARRILEROS

Nosotros habíamos dejado de patrullar la Ciudad; Yo en particular quise regresar con mis pocas noticias sobre las inundaciones en el ejido las Escobas en Guadalupe y Hogares Ferrocarrileros en Monterrey para adelantar trabajo; para entonces desconocíamos si Gilberto había provocado daños en las riveras del río Santa Catarina a la altura de San Pedro. La sala de redacción de Canal 2 de Monterrey lucía sola, sin almas ni ruido que pudieran interrumpir mi jornada esa noche. No alcancé a ver el Noti-oro del Arquí Benavides para retroalimentarme con sus noticias. Llegamos a tratar de terminar nuestra encomienda de novatos, reía con mis camarógrafos, pensando que casi habíamos “terminado” nuestra larga jornada de trabajo. Me quedé sólo en la redacción, mientras Fabián, Jaime y Ricardo fueron a su cubículo a guardar el equipo y la cámara de televisión, se aprestaban a ver la inauguración de los Juegos Olímpicos de Seúl, desde Corea

que Televisa transmitía ese día en red nacional.

La noche ya cobijaba la Ciudad para eso de las 20 horas, mientras el cielo destellaba una interminable ráfaga de gruesas gotas. Prácticamente no había nadie en la calle, parecía que todos se resguardaban de la tempestad que en ese momento resentía nuestra metrópoli. Nosotros teníamos el propósito de regresar “temprano” a casa, así que apuré la redacción de las notas más destacadas del día siguiente: Evacúan a vecinos del ejido las Escobas en Guadalupe y auxilian por inundaciones a habitantes de Hogares Ferrocarrileros en Monterrey. Noticias comunes para lo que esperábamos como reporteros del tal Gilberto, después de lo que habíamos visto que provocó a su paso por el Caribe, la Península de Yucatán y el Golfo de México donde había devorado islas y playas enteras, provocando terribles inundaciones y dejado muerte y destrucción en muchas ciudades durante sus 7 días de

recorrido. En Monterrey nada, creíamos en las fortalezas de nuestra Ciudad: estamos rodeados de montañas. De seguro por eso no sentíamos que la cola del Gilberto golpearía a Monterrey.

Por ese entonces Televisa Monterrey mantenía un noticiario matutino a las 7 de la mañana conducido por Gilberto Marcos y varios noticieros cortos durante el día; en tanto que en Multimedios el arquitecto, Héctor Benavides Fernández conducía Notioro de Canal 12 a las 19:30 horas.

Seguía en la redacción, concentrado en mis notas periodísticas, ignoraba que a esa hora se había difundido un boletín de Gobierno donde alertaban sobre la presencia de Gilberto “por allá de las tres de la madrugada”. Las manecillas del reloj marcaban las 10 de la noche, terminaba la segunda ronda de mis notas. Sentía que había algo raro en el ambiente, no sabía ni por qué seguía en el Canal (2), tal vez algo en mi interior me decía “quédate, pero mi sentido periodístico me indicaba que lo peor está por verse”. Fue entonces que decidí dar un último recorrido por el río Santa Catarina, “no vaya a ser la de malas”, me dije. Aprovechando que saldríamos a grabar imágenes para los cortos de espectáculos que los camarógrafos tenían pendiente, concretamente Ricardo “Conejo” Peña, volví a dar la orden: “vamos a atorarle al Gilberto”. Salimos por Espinosa al oriente, dimos vuelta en Pino

Suárez al sur hasta toparnos con Constitución, las avenidas parecían ríos. Sorprendidos nos percatamos que el canal de estiaje del río iba con fuerza arrastrando palos, maderas, cachivaches y cuanto cosa se había encontrado a su paso. Ni por aquí me pasaba que podría tratarse de enseres y muebles de habitantes de los márgenes del Santa Catarina río arriba. Agitaba ligeramente su raudal como queriendo abarcar poco a poco lo ancho del lecho del Santa Catarina. Los sistemas de alcantarillado y drenaje pluvial ya eran insuficientes, sabíamos que su capacidad estaba llegando a su límite, para entonces los niveles de agua bajo los puentes de Morones Prieto en sus cruces con Zaragoza, Cuautémoc y Pino Suárez mantenían atrapados a varios automovilistas que se habían arriesgado a atravesar los puentes. Parecían desesperados porque no llegaba ayuda para rescatar sus autos de los desniveles de los diversos cruces. Anegados los pasos vehiculares sería muy difícil rescatar esos automóviles. No había quien dirigiera el tránsito en Monterrey, seguramente los oficiales estaban más ocupados en otras avenidas igualmente inundadas, mientras que una apacible corriente de agua comenzaba desplazarse a lo ancho del río, dejándose ver las primeras olas sobre el canal de estiaje con altura de hasta 3 metros. Para entonces los juegos Manzo aún resistían este débil oleaje que a esa hora comenzaba a formarse en el río.

PRIMERAS NOTICIAS DE
LA LLEGADA GILBERTO A
NUEVO LEÓN

NOCHE DEL 16 DE SEPTIEMBRE

La estación de radio XEAW daba las primeras señales de algunas alertas la noche del 16 de septiembre en municipios como Linares, Hualahuis, Montemorelos, General Terán, donde los radioescuchas aseguraban al conductor radiofónico Héctor Benavides, el popular Arquí, que se dejaban sentir fuertes vientos acompañados de lluvias torrenciales. Hubo quienes decían que la fuerza del huracán “hasta carros y vacas levantaba a su paso”. Esa versión fue corroborada tiempo después por José de la Luz Lozano, entonces jefe de noticias de Multimedia: “Trabajamos toda la noche recibiendo reportes de vecinos de municipios de la región citrícola y otros del área metropolitana”, dijo de la Luz, al recordar que su padre desde General Terán les había hablado para indicarles que el río Pilón había crecido y estaba a punto de desbordarse. “Después me dijo: vaya hasta que te pusiste a trabajar”. José de la Luz soltó la carjacada al recordar las pala-

bras de su padre.

Benavides hacia esfuerzos por enlazar a sus radioescuchas con autoridades y alcaldes de la región citrícola y de vez en vez recibía noticias de lo ocurrido en el área metropolitana como en colonias la Flor del Río, Lucio Blanco y Los Pinos, asentadas de manera irregular sobre el lecho del Río Santa Catarina en San Pedro, dando detalles que el agua se había llevado casas completas. “Salimos a comer, dijo Benavides refiriéndose a su entonces jefe de Información de Canal 12, José de la Luz Lozano y su productora de radio, María Elena Meza. Es noche habían decidido ir a cenar, todo estaba cerrado, recorrieron varias calles hasta encontrar un restaurante cercano a su televisora “donde nos ofrecieron dar servicio, pero sólo por una hora les dijo el comensal, cuando entró empapado, nervioso y presuroso Javier Lozano (q.e.p.d.) productor del Notiero comunicándoles muy atropellado: recibí una llamada telefónica urgente de la Secretaría

de Gobernación ordenando que se pasara un boletín con carácter de urgencia advirtiendo a la población que el huracán Gilberto había desviado su trayectoria y se dirigía a lo largo de la región citrícola de Nuevo León y a Monterrey y su área metropolitana. En realidad el huracán ya estaba en Ciénega de González, poblado del municipio de Santiago, Nuevo León.

La estación de radioXHAW había abierto su señal poco antes de las 23 horas, Benavides recibía llamadas de diversas autoridades: Comenzamos “peinando” con llamadas los municipios de Linares, Montemorelos, Allende, General Terán y Santiago. Todo se hacía por teléfono. Habían creado su propia red social, tal y como hoy ocurre con las redes virtuales como twitter y Facebook, donde recibían información, comentarios y hasta los avances del fenómeno a través del canal del tiempo de los Estados Unidos. Monterrey era en esos tiempos la “capital mundial de las antenas parabólicas”.

Esa noche también se inauguró, sin pretenderlo ni oficializarlo, el comité de Protección Civil a cargo de Mario Quintanilla González, recordó José de la Luz Lozano, durante la madrugada el Arquí Benavides había hablado unas 3 veces con el Gobernador, (Jorge Treviño); otras 3 con el Secretario de Gobierno, (José Natividad González Parás) y; una con el Procurador (Juan Francisco Rivera Bedolla).

La gente “eran nuestros reporteros”, (sus redes sociales tan populares en el Tercer Milenio) se recibían llamadas de todas partes y eso orientaba a los alcaldes y socorristas que así daban prioridad para atender las emergencias. Pero la alerta estaba en toda la Ciudad. Un joven del sector de Cumbres se comunicó a cabina como a las 3 de la mañana y así cada 15 minutos dándonos la ubicación de Gilberto, al parecer veía la televisión satelital para enterarse y darnos cuenta de lo que ocurría con el fenómeno, comentó de la Luz: estamos en un programa informativo de emergencia, fueron las palabras de Héctor Benavides esa noche, según describe en su libro la Noche del Huracán.

El entonces Director de Seguridad Pública del estado, Héctor René Cantú leía al aire una serie de recomendaciones, ante la posibilidad, decían, de llegar el huracán Gilberto a Nuevo León. Por más informes y reportes que se daban en la radio, la situación se había vuelto caótica en muchos puntos del área metropolitana. Para esa hora Gilberto ya estaba en las montañas, ya había atravesado la región citrícola, ya se encontraba en espera de reventar su propia presa. Los anuncios habían llegado tarde ¿cómo iban a proteger a los moradores de las colonias rivereñas del río Santa Catarina si muchos de ellos ya habían perdido sus casas? Nosotros habíamos visto como el río arrasaba camas, estufas, roperos, grabadoras, televisores, refrigeradores y uno que otro “cochinito”.

Nosotros habíamos terminado nuestro tercer patrullaje, habíamos regresado a la sala de noticias de Canal 2 de Monterrey, seguíamos motivados por la presencia de un huracán que con timidez y una pertinaz llovizna comenzaba a asomar sus garras, alertándonos a través de crecientes avenidas en ríos y arroyos que pronto desbordarían hasta posarse como ave de tempestades sobre el área metropolitana; habíamos visto como con lentitud crecían los niveles del río Pesquería, el arroyo Topo Chico, el arroyo Seco, el arroyo la Talaverna, el río la Silla y hasta el río Santa Catarina. Comenzamos a ver que la corriente había crecido más de lo normal y que en algunos casos las olas se mostraban groseras con los pobladores de las riveras, a los que poco a poco les había arrancado sus pertenencias.

Sin novedades “graves” ni daños que informar al teleauditorio concluí mis reportajes, justo cuando bajaron con mucha pila Fabián Rojas, Jaime Rodríguez y Ricardo Peña, para irse a su compromiso pensando tal vez que habría aquelarre en el centro de espectáculos al que iríamos. Serían antes de las 22:30 horas cuando acudimos a grabar unas imágenes a un lugar conocido como Charleston para un programa musical. Después de grabar esas imágenes, recuerdo que regresamos empapados a nuestra televisora. Serían como las 23:30 horas, levanté el teléfono para comunicarme a la central de radio de la Cruz Roja de Monterrey con

la idea de conocer si habría novedades a esa hora de la noche en la Ciudad. Me respondió muy nerviosa una mujer a la que cuestioné: ¿Señorita, le hablo de Canal 2 de Monterrey para ver qué novedades tiene? Apresurada me respondió en el acto: en este momento no puedo decirle mucho porque me acaban de reportar que tenemos 4 autobuses foráneos atrapados en el río Santa Catarina, entre el vado Santa Bárbara y puente Miravalle, nuestras unidades ya van para allá. Me dijo.

¿Queeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeé? Fue tan sorpresiva mi respuesta a tan inesperado reporte. Mi corazón se agitaba en forma acelerada, parecía tambor de guerra, abrí los ojos, busqué mi libreta, corrí atropelladamente hasta salir de la sala de redacción a buscar a mis camarógrafos Fabián, Jaime y Ricardo. Pensaba en las palabras de la oficial de guardia, en los autobuses, en los pasajeros, en la corriente del río, creí entonces que una tragedia nos aguardaba en el vado Santa Bárbara. La socorrista sin pensarlo ni saberlo me había dado la noticia que más tarde sería una catástrofe de resonancia mundial, la noticia del siglo o de muchos siglos en Nuevo León. Entonces me pregunté ¿Qué diablos me dijo? ¿qué fue lo me dijo esta mujer que me había despertado todos los sentidos? Recordaba sus palabras, pedía le disculpara porque los socorristas iban al lugar indicado (vado de Santa Bárbara y puente Miravalle) porque inten-

tarían rescatar a los pasajeros de esos camiones de transporte foráneo de pasajeros. Lejos estábamos de imaginar que los autobuses atascados en el río Santa Catarina serían la tumba de esos 160 pasajeros.

En medio del torrencial aguacero salimos disparados para el vado de Santa Bárbara, circulamos, no se si con precaución o no, pero recuerdo que íbamos apresurados por avenida Pino Suárez al sur, con dificultad llegamos a Constitución en medio de los charcos, viramos al poniente, hasta llegar a Gonzalitos, nada ni nadie nos impedía el paso. El río Santa Catarina comenzaba a reclamar terrotorio, el agua había subido a un 10 por ciento de su nivel y para entonces su canal de estiaje levantaba olas de hasta 5 metros.

Creo que comenzaba a reaccionar sobre la presencia del huracán, ahora el fenómeno se mostraba a nuestros ojos como deseaba que lo vieramos. Lo copioso de la lluvia, esa llamada y mi instinto periódico me hicieron reaccionar, creo que antes no nos había caído el 20, como decimos coloquialmente para referirnos a tanta incredulidad y comenzamos a creer que Gilberto había llegado a Monterrey antes de la medianoche.

El río Santa Catarina había crecido sorprendentemente, llevaba agua de “lado a lado”, pero el canal de estiaje era tan sólo una muestra de lo que nos esperaba, se presentaba bravucón y retador llevándose

los enseres, los muebles de los pobladores de las colonias la Flor del Río, Lucio Blanco y Los Pinos en San Pedro. Arrastraba llantas y hasta animales: alcancé a ver un cerdo entre tantas tablas, láminas y troncos.

Otras zonas también eran atacadas con fiereza por Gilberto, como ocurría en esos momentos en la colonia Retamas de Monterrey donde el agua era empujada por una corriente intensa y amenazaba los hogares cercanos al arroyo Seco, informaba esa ocasión el reportero del Extra, Emilio Guzmán Sada: “Yo andaba en una granadera de Seguridad Pública del estado que patrullaba la zona sur de la Ciudad, decía Guzmán:, llegamos a la parte baja de la Retama, el oficial de la granadera ordenó el desalojo de las viviendas, hubo quienes se resistían a salir, afirmando que los policías querían robarles sus pertenencias. Llovía copiosamente, cuando el policía en un arrebató sacó por la ventana a uno de los moradores más necios, después salieron su esposa y sus hijos, justo cuando el agua de un tajo desapareció la casa: “ves viejo, nos hubieramos muerto”, dijo la esposa de ese hombre que luego se mostró agradecido con los policías y con el reportero del Extra, Emilio Guzmán Sada.

La situación comenzaba a ponerse complicada, más bien caótica por toda el área metropolitana, grandes caudales bajaban con fuerza por los arroyos. Las carpetas asfálticas de las calles eran ríos,

para entonces ordenaba a mis camarógrafos, Ricardo “El Conejo” Peña, Jaime “Pacha” Rodríguez y Fabián Rojas que se prepararán para enfrentar la pesadilla, más bien para enfrentar al monstruo que se presentaba y que venía dispuesto a todo. Ibamos “volando” al puente Miravalle, en los límites de Monterrey con

San Pedro por Constitución y Gonzalitos, era difícil, casi imposible conducir por Morones Prieto. Los pasos a desnivel estaban inundados y nuestra Combi VW difícilmente podría circular con el agua al cuello, como le había impedido el paso a los automovilistas.

17 DE SEPTIEMBRE LA HORA 00:00

En los desniveles de Gonzaliitos con Morones Prieto varios autos estaban cubiertos por el agua, nadie detuvo su andar y tránsito se vio impotente para alertar a los que se atrevieron a desafiar el fenómeno que para entonces arrojaba cientos de metros cúbicos de agua sobre el Santa Catarina, Carros y peseras quedaron atorados bajo el paso a desnivel a merced de la corriente que poco a poco iba elevando el nivel del agua. A muchos se los llevó la fuerza del agua, otros, jamás supimos, quedaron desaparecidos, algunos cuentan que lograron ponerse a salvo, aunque habían perdido su automóvil, como le ocurrió al entonces director del periódico Extra de la Mañana.

Nosotros decidimos alejarnos de Morones Prieto ante lo que estábamos viviendo, era demasiado riesgo transitar por esa rúa, por fin a la media noche veíamos de que tamaño se asomaba Gilberto a Monterrey. Bajamos por Gómez Morín sur hasta Calzada

Del Valle, circulamos con destreza bajo el torrente de agua por esa avenida al poniente hasta llegar a Calzada San Pedro, donde decidimos avanzar al norte hasta topar con Morones Prieto en el puente Miravalle.

Aquello parecía un circo: luces, faros, sirenas y torretas encendidas de patrullas y ambulancias. Gritos y órdenes se escuchaban por los altoparlantes lo que vimos a continuación nos paralizó: abrí tremendos ojos, no podía creer lo que estaba viendo, ahí estaban los 4 autobuses de diversas líneas, creo eran de Estrella Blanca, Transportes Frontera, Transportes del Norte y Autobuses Chihuahuenses, abordo estaban casi 160 pasajeros, atrapados en el centro del lecho del Río Santa Catarina. ¿cómo pudieron llegar hasta ese sitio? ¿quién los dejó entrar o quién ordenó que bajaran al río?. El entonces Procurador de Justicia del Estado, Juan Francisco Rivera Bedolla dijo que esas líneas habían desobedecido las indicaciones de Gobierno: “Se les dijo claramente, todas las corridas están suspen-

didias hasta nuevo aviso por la presencia del Huracán Gilberto”. Sin embargo los autobuses salieron de la Central Camionera de la avenida Colón, creyeron que la noche sería su aliada y que su osadía no sería delatada a la policía, circularon por avenida Fleteros hasta llegar al Boulevard Diaz Ordaz, tuvieron temor de circular por el desnivel de la vía a Matamoros cuando vieron que el paso estaba anegado, el agua había subido más de dos metros. Decidieron volver por donde venían, la avenida se había convertido en un impresionante río, sin saber qué hacer decidieron que sería mejor cruzar por el vado Santa Bárbara. Uno de los autobuses fue el primero en osar, en atreverse sin miedo a meterse al vado de Santa Bárbara. Los otros camiones lo siguieron creyendo que esa sería la salida para volver a encontrar un camino seguro a su aventurada decisión, su imprudencia los había llevado a meterse al lecho del río Santa Catarina, el agua los deslizó suavemente unos 600 metros hasta quedar atorados a unos 100 metros antes del puente Miravalle, desde donde alcanzaron a visualizar más de cerca las luminarias, tal vez pensaron que llegando a ese puente subirían y regresarían a su ruta, pero no fue así, avanzaron hasta que el motor de cada autobús se “mató”. Se paralizaron por completo, dejaron de avanzar, los autobuses se habían atascado, desde lo alto del Miravalle oficiales de una patrulla de San Pedro avistaron los camiones en el fondo del río, dando aviso a su directora, Ninfa Delia Domínguez,

quien al ver el tamaño de la tragedia emitió la señal de alerta movilizándose con rapidez diversos cuerpos de socorro, policíacos y del ejército que acudirían presurosos al “rescate”.

Cuando llegamos a la “zona cero” encontramos mucho movimiento, las patrullas de la policía se comunicaban con sus altoparlantes, las torretas de todas de unidades de la Cruz Roja, la Cruz Verde y corporaciones estatales, municipales y judiciales se mantenían encendidas. El ambiente era tenso, no podíamos creer que durante horas, prácticamente todo el día habíamos estado al margen de toda actividad de riesgo esperando la presencia de Gilberto. Finalmente estábamos en medio del ojo del huracán sufriendo sus embates: el viento nos balanceaba, la lluvia penetraba nuestras ropas, los impermeables de nada habían servido, ahora no reíamos no bromeábamos, nos enfretábamos a la verdad. Sabíamos que estábamos en medio del ojo del huracán.

El paso a vehículos no oficiales se había restringido, es más ni siquiera los autos de los cuerpos de seguridad podían cruzar de una orilla a otra del río Santa Catarina, policías y socorristas corrían de un lado a otro del puente en su intento por mantener resguardando los accesos al cruce. Elementos del Ejército ya habían llegado a Miravalle para participar en las labores de rescate y vigilancia tratando de evitar tragedias huma-

nas: todos creíamos que en cualquier momento podría producirse un deslave, un deslizamiento, una avalancha, un desgajamiento que pudiera colapsar uno de los puentes. No ocurrió por fortuna esa madrugada.

Permanecíamos expectantes a la orilla sur del río Santa Catarina, parecíamos guerreros valientes, enfrentándonos a la furia del huracán que se había apoderado del río Santa Catarina, pero en el interior, creo que cierto temor, comenzaba a merodear nuestros pensamientos. No podíamos dejarnos vencer por el pánico, así que pudo más la voluntad de seguir adelante y nuestro instinto periodístico: no había miedo, temor ni pánico en la escena, nos habíamos deshecho de todo temor, la visibilidad era escasa debido al incipiente alumbrado público, para entonces unos débiles reflectores y las luces encendidas de las patrullas y de otros vehículos ayudaban a iluminar el sitio donde se encontraban los ocupantes de los 4 autobuses.

A lo lejos alcanzábamos a ver los rostros y caras de angustia de los pasajeros que asomaban por las ventanas de esos autobuses. Rescatistas y policías parecían motivados por una fuerza sobrehumana manteniéndose en alerta, ahora que Gilberto se hacia presente con toda su fuerza; parecía una fiera enjaulada. Nosotros escuchábamos a socorristas, policías y soldados del Ejército dándose órdenes unos a otros: no había mando único aparente ni nada que se la pareciera.

Todos daban órdenes. Aumentaba la tensión cuando los faros de luz eran dirigidos al fondo del río tan sólo para seguir observando los 4 autobuses con sus 160 pasajeros abordo. Así nos la pasamos, sólo mirando, los rescatistas no sabían qué hacer, cómo entrar, qué medidas tomar. Los puentes parecían crujir y hasta teníamos la sensación que esos puentes se mecían al paso de la corriente.

La lluvia caía a cantaros sobre nuestros cuerpos, era algo parecido a un chubasco o dos o tres a la vez. Alcanzamos a cubrirnos con rompevientos que habían dejado de ser impermeables. Los vientos no eran de tal magnitud que pudieran impedir a rescatistas de las cruces Verde y Roja de San Pedro y Monterrey hacer su esfuerzo para tratar de prestar auxilio a los pasajeros. Todo quedaba en el intento. Nosotros avanzamos sobre la copiosa lluvia, improvisamos protectores para la cámara y la videocasetera, puesto que no contábamos con accesorios para resguardar los equipos; como pudimos nos protegimos de la incesante lluvia encaminando nuestros pasos entre los charcos: no sé, 15, 20 centímetros de agua cubrían totalmente nuestros zapatos.

Iluminamos nuestro camino con la lámpara de la cámara de video, un oficial se apresuró a enfrentarnos para marcarnos el alto, al igual que al reportero gráfico del Extra, Severo González, (q.e.p.d.) nos pidió

nos alejáramos del puente. La lluvia arreciaba por momentos, mojaba nuestros rostros, los vientos los sentíamos con mayor intensidad. Mantuvimos nuestro paso hasta cruzar a los carriles de Calzada San Pedro de oriente a poniente, seguidos por Severo.

Sin medir riesgos habíamos querido grabar desde lo alto del puente Miravalle, a donde nos encaminamos con facilidad, pero la voz autoritaria de un policía nos había alertado que sería de alto riesgo estar grabando sobre el puente, sin pretenderlo ese oficial nos había guiado hasta donde grabaríamos las escenas más dramáticas que jamás habíamos vivido. Sabíamos que estábamos en zona de riesgo, pero decidimos caminar hasta la rampa que sube a Calzada San Pedro desde Morones Prieto, donde el agua ya cubría la carpeta asfáltica.

Avanzamos con precaución en esa ruta ubicada sobre la rampa que conduce a los automovilistas de Morones Prieto oriente hacia Calzada San Pedro sur. Elegimos un espacio que nos permitiera grabar todo lo que nuestros azorados ojos veían. Esa área se había convertido en la “zona cero”, era el centro neurálgico donde Gilberto se mostraba renuente, altanero y grotesco queriendo acabar con las vidas de los pasajeros que oraban en el interior de los autobuses, ahora anclados al lecho del río Santa Catarina.

Bajamos lo más que pudimos o lo más que nos

permitía bajar el agua a Morones Prieto, Yo veía y guíaba a mis camarógrafos: me sabía el capitán, nos mirábamos y voltébamos a ver que el agua en ese momento había hecho una especie de compaz permitiéndonos observar con mayor claridad que el nivel de la corriente apenas llegaba a la mitad de las llantas de los autobuses. Podría afirmar que había subido un medio metro sobre el nivel del río y cubierto de lado a lado el canal de estiaje. Los pasajeros podían bajar y caminar, tal vez con cierta dificultad, pero no quisieron morir en el intento.

Desde un sitio en la rampa de Morones Prieto veía la escena con los autobuses y los 160 pasajeros y me preguntaba: ¿por qué no se bajan (los ocupantes) y caminan? Creía entonces que esas personas seguramente estaban pensando que bajaría el nivel del agua para descender de los camiones ¡qué estupidez! O pensaba que tal vez no querrían mojarse; más bien, creo, no hubo quien en ese momento diera la orden para obligar el desalojo que pusiera salvo a los 160 pasajeros. Faltó astucia. ¡Faltaron huevos! Dirían mis camarógrafos.

La lluvia regresó con fuerza huracanada antes de la una de la madrugada, se complicaba grabar, decían mis camarógrafos, porque el aguacero se había tornado muy copioso; el viento pegaba con fuerza en nuestros rostros, impedía que viéramos con claridad

la escena, aquello parecía una cascada: me parecía que estábamos bajo una regadera que se dejaba caer a chorros bañando nuestros cuerpos.

Desde ese punto nos sentíamos más cerca de los autobuses, alcanzábamos a ver que el agua había subido de nivel hasta cubrir la totalidad de las llantas de los autobuses: me preguntaba ¿qué pasa, por qué no se bajan? ¿qué falta para que inicien el rescate? Veía con estupor y asombro que se alejaban las esperanzas de rescatar a los pasajeros de los 4 autobuses atrapados en medio de la corriente del río Santa Catarina, a la altura del puente Miravalle.

Parecía que éramos parte de la filmación de una película de Hollywood: envueltos en la acción de rescatistas que iban y venían; policías que presurosos buscaban como intervenir en el rescate cuando en medio de las luces de las torretas de ambulancias y patrullas hacía su aparición en la escena un gran vehículo que en dirección contraria a la rampa de Morones Prieto bajaba de Calzada San Pedro hasta pasar frente a nosotros. Se trataba de un enorme trascavo conducido por elementos de la Policía Judicial del Estado, encabezados por el comandante, César Cortés.

MUERE EL COMANDANTE, CÉSAR CORTÉS, SE SALVA ROGELIO AYALA CONTEL. 00:50

Todo parecía tan confuso en el ambiente, no había lineamientos, tácticas o estrategias de protección civil, de hecho días antes se había instalado en Nuevo León un comité de Protección Civil, según confirmó al Arqui Benavides el director de Seguridad Pública del Estado, Héctor René Cantú: El Comité de Protección Civil se había formado a futuro, pero muuuuy a futuro, comentaba Benavides, el locutor de la AW, quien sabía que todos los pronósticos habían sido rebasados.

Para entonces el río Santa Catarina había crecido a un nivel preocupante, más bien ya era alarmante; todas las alertas estaban encendidas, los vehículos de socorro y cuerpos policíacos mantenían sus torretas encendidas, se habían apostado en zonas seguras de todas las avenidas y calles que confluían al puente Miravalle y Morones Prieto. Ahora todas las esperanzas de rescate de los pasajeros estaban fincadas en ese trascavo. Se había convertido en el centro

de la atención de los rescatistas, policías y curiosos. Las autoridades estaban expectantes, creían que esas arrojadas acciones, emprendidas por César Cortés, el comandante de la Policía Judicial del Estado serían un alivio, pensaban que sería el acto salvador de los pasajeros. Le habían dado la confianza y el jefe policíaco se sentía con valor para tomar esa fuerte decisión. ¡Muy fuerte decisión! desconocida por sus familiares y tomada por sorpresa por sus superiores. “César Cortés tenía fama de héroe, era muy valiente, muy buen policía, ya antes había participado en actos de rescate en Reynosa y otras ciudades, lo pedían mucho de Tamaulipas” recordaba, Juan Francisco Rivera Bedolla, entonces Procurador de Justicia en el Estado, cuando fue enterado del peligroso acto que estaba por realizar el “Campeón”.

Avanzaban lentamente por el declive de Morones Prieto hasta internarse en los carriles principales de la avenida, atravesaron la rua de sur a norte cuan-

do de un golpe el trascavo cayó al lecho del río Santa Catarina. En medio de la pertinaz llovizna los judiciales se habían armado de valor, acompañados de un joven sampetrino que había llegado enfundado en un chaleco salvavidas pidiendo lo dejaran participar en el rescate, asegurando tener experiencia (después supimos se llamaba Rogelio Ayala Contel y que ese chaleco efectivamente le había salvado la vida). Parecía que la suerte del comandante Cortés estaba echada, no había marcha atrás, a una orden entró sin pensarlo dos veces, sin escuchar a otros jefes de distintas corporaciones, dijo creer en la voz de Dios para acudir en auxilio de esos 160 pasajeros. El pesado trascavo se internaba con algo de velocidad, con sus héroes abordado, hasta hundirse en el lecho del río Santa Catarina, el agua llegaba a más de la mitad del pesado tractor. Apenas veíamos al piloto sentado al volante que seguía de frente a una orden. Habían desafiado con valor las embravecidas aguas del Río Santa Catarina, guiadas por un despiadado huracán Gilberto. Avanzaban lentamente de sur a norte, sus compañeros policías rezaban en la orilla, nosotros grabábamos la escena, mientras los reflectores, procedentes de todas direcciones, iluminaban aquello que parecía una gran embarcación que se sumergía en las aguas dejando a su paso una tralacera producida al impacto con el terreno lleno de rocas del río. Las luces nos permitieron ver la arrojada escena, encabezada por Cortés. La

respuesta de Gilberto fue inesperada e impredecible. El Huracán respondió con fuerza al desafiante acto de los rescatistas atacando con fiereza la pesada máquina, que ni con todo su tonelaje logró avanzar más de 10 metros, cuando el motor se apagó. Regresa Campeón, regresa, fueron tal vez las últimas palabras que escuchó César Cortés. Para entonces el trascavo era atacado sin piedad por las bravías aguas del río Santa Catarina, en rededor de la pesada nave se había formado una especie de represa que levantaba grandes olas de 6, 8 metros, pasando encima del trascavo hasta provocar la caída de sus ocupantes; los veíamos desesperados, apanicados, aterrorizados atados al vehículo. La escena era realmente dantesca, los cuerpos de los judiciales, encabezados por César Cortés eran azotados con cueldad contra la “marea”, la fuerza de este oleaje buscaba a toda costa deshacer los nudos que sostenían las ataduras de los rescatistas: La pesada estructura se resistía a ser movida, se mantenía enclavada bajo las bravías aguas, pero sus efectos serían realmente catastróficos: el trascavo fue superado con facilidad por el fuerte oleaje, arrojando al comandante César Cortés y sus acompañantes a luchar cuerpo a cuerpo contra las olas, alcanzamos a ver como uno de esos hombres saltó del trascavo tratando evadir la embestida del “tsunami”, dando al menos tres pasos sobre la corriente hasta hundirse en las desenfrenadas aguas, hasta entonces nos dimos cuenta

que había sido el único se subió al tractor sin atar su cuerpo: se trataba de Rogelio Ayala Contel. Las ataduras de nada habían servido, los rescatistas quisieron autoprotegerse amarrando sus cuerpos al trascavo, creyendo que eso les ayudaría a resistir la embestida. Gilberto los había superado con frialdad en una desigual lucha, desatando fuertes “marejadas” hasta que en cuestión de minutos la naturaleza terminaba imponiéndose a la voluntad de aquéllos hombres que se habían metido en medio de la corriente, creyendo que podrían salvar a otros hombres. Incesante e inmisericorde Gilberto terminó el acto de heroicidad de Cortés lanzando con brutalidad los cuerpos de los socorristas contra la corriente hasta desaparecerlos en la distancia. Fue tan duro el golpe que tardamos en reponernos hasta que pudimos regresar a la realidad. No había tiempo para lamentos...

¡El agua se los llevó...! decíamos, ¡Se llevó al Comandante Cortés...! repetíamos la frase. ¿viste? Nos preguntábamos.

No lo podíamos creer...muchas eran las expresiones de quienes fuimos testigos de este trágico y lamentable acontecimiento. Gilberto se había llevado a los temerarios rescatistas encabezados por el comandante César Cortés, cuando en un intento por socorrer a los pasajeros de los 4 autobuses, habían desafiado la fuerza de la naturaleza, metiéndose a la corriente,

que no respetaría rangos, jerarquías ni creencias encontrándose trágicamente con la muerte.

Nosotros fuimos testigos de la crueldad de Gilberto. Lo que vimos nosotros, lo que grabamos nosotros aquella madrugada no lo podían creer otros periodistas, de hecho el Arquí Benavides informaba en XHAW, “con cautela y mucha prudencia” sobre lo acontecido. Comentaba en sus reportes que se mantenían a la expectativa de lo que indicaban ciertas autoridades. Héctor Benavides narra en su libro La Noche del Huracán que el reportero, Armando Garza Cortez había hecho una segunda llamada a su programa de radio después de la medianoche. Para entonces ya estaban encadenados a la XET para que la transmisión pudiera llegar más lejos, los escuchaban en todo el país. “Armando se reportó para informar que había la sospecha de que varios agentes de la Policía Judicial del Estado habían sido arrastrados por la corriente y habían desaparecido junto con un joven voluntario, (de nombre Rogelio Ayala Contel). Este hombre salvó su vida gracias a su chaleco, manteniéndolo a flote más de 30 kilómetros después que la vigorosa corriente del río Santa Catarina lo arrastró hasta arrojarlo en unas laderas de Cadereyta donde se pescó de un árbol. Benavides antes de pasar “al aire” le había sugerido a Garza Cortez no decirlo en su reporte hasta no comprobar la veracidad de lo ocurrido”. Armando Garza Cortez no estaba tan alejado de

la realidad, sólo que su versión no pudo confirmarla, sino hasta horas después que veía las noticias en Canal 2 de Monterrey, cuando transmitiríamos aquéllas imágenes que habíamos grabado con nuestro equipo de televisión.

A esa hora el Procurador de Justicia, Juan Francisco Rivera Bedolla había recibido una llamada telefónica, era Nati, (José Natividad González Parás) el secretario de Gobierno, que le había informado que las cosas “se habían puesto graves” en el río Santa Catarina. El agua había desaparecido al comandante, César Cortés , a 4 elementos de la Policía Judicial y un joven voluntario (Rogelio Ayala Contel). Las alertas estaban al máximo, ya no había tiempo para vacilaciones, pero tampoco había tiempo para socorrer a los pasajeros de los 4 autobuses.

Todo había ocurrido en cuestión de minutos, una gran avenida se había dejado venir a esa hora bajando con fuerza por el escarpado cañón de la Huasteca, descendiendo con tal velocidad, tal vez con el poder de un “tsunami”: recuerdo que se habían elevado los niveles del agua del río Santa Catarina hasta el tope, formaba incontenibles olas a todo lo ancho del afluente, a todos nos había sorprendido esa creciente, los socorristas y cuerpos policíacos intentaban entender lo ocurrido, pensaban en rescatar a los pasajeros de los 4 autobuses que horas antes se habían internado por el vado Santa Bárbara al lecho del río hasta quedar atrapados a la altura del puente Miravalle, pero una feroz avenida se los había impedido.

“TSUNAMI” DEVORA AUTOBUSES

La corriente era insaciable, todo arrastraba a su paso, río arriba ya había levantado casas y desaparecido vados, caminos y carreteras. Iba por más presas, reclamaba territorio, se había adueñado del lecho del río Santa Catarina con la fuerza de un “tsunami”: se trataba de algo nunca visto, que sólo podría describirse como un movimiento de cientos de olas continuas capaces de llevarse con facilidad todo lo que encontraba a su paso. Fuerza, veolicidad y poder imprimían un sello único a este fenómeno, incluso más violento que un “tsunami”, como había ocurrido tiempo después en el continente asiático.

Parecía que el Gilberto sabía que en medio del río le esperaban alrededor de 160 indefensos pasajeros, agazapados al interior de los autobuses, presas del pánico, la desesperación y la impotencia. Sólo Dios sabe que ocurría o qué se decían entre sí estos

hombres y mujeres que vivían el drama y el terror de ser presas de la furia del huracán. Poco a poco, al igual que nosotros, los pasajeros habían visto como la gran avenida provocaba fuertes corrientes levantando increíbles olas que golpeaban como martillo la parte posterior de los camiones que ocupaban desde que salieron de la Central de Autobuses de Monterrey. Gilberto no perdonaría, proseguía incansable con su plan depredador. Para entonces los pasajeros habían sido testigos, desde el interior de los camiones, como la corriente había desaparecido a Cortés y sus judiciales sin dejar rastro. El temor y el terror se había apoderado de los pasajeros. Atrás había quedado un solitario trascavo testigo de la osadía de Cortés. Sabían que les esperaba la misma suerte: rezaban, tal vez oraban por su salvación.

ONDEAN PAÑUELOS DESDE AUTOBUSES

El nivel de la corriente era amenazante, el agua se había elevado hasta cubrir las ventanas de los autobuses. Sabíamos que estábamos por presenciar lo inevitable, pronto se dejaría venir una avalancha, lo presintíamos, era un presagio, esperábamos lo peor, observamos cuando algunos pasajeros asomaron por las ventanas y comenzaron a ondear pañuelos blancos, otros en su desesperación treparon al techo de los autobuses, todos nos miramos al mismo tiempo y volvimos la vista una y otra vez maldiciendo nuestra impotencia, los segundos parecían eternos, la lluvia seguía incesante, nuestras miradas no podían despegarse de aquéllos rostros cargados de angustia, llenos de pánico: se sabían perdidos, tal vez pensaban que estaban a punto de tocar a las puertas del cielo o tal vez creían tenerlo a un suspiro, seguramente sabían que el auxilio, que tanto estuvieron esperando, se alejaba cada vez más al verse envueltos en medio de ese despiadado oleaje.

Los pañuelos ondeaban desde las ventanas, tal vez en señal de duelo, tal vez en señal de adiós, más bien sería como una señal de reclamo, como diciéndonos: “hagan algo carajo”. Ya ni rostros veíamos, alcanzábamos a ver únicamente brazos levantando pañuelos y algunos pasajeros sobre el techo de los autobuses. Eran imágenes dramáticas que darían la vuelta al mundo gracias al ojo de las cámaras que grabaron esas escenas. Ese adiós imborrable que se ha repetido en innumerables ocasiones por Televisa y Multimedios (canales de Televisión para los que laboré) a lo largo de estos últimos 25 años desde aquél 17 de septiembre de 1988. Para nosotros había sido una especie de último suspiro, un acto de resignación, que al verse cubiertos por las bravías aguas de un Gilberto “endemoniado”, se despedían sintiendo que su fin estaba por llegar.

01:10

Aún no nos habíamos recuperado de la conmoción que nos había causado ver tan estrujantes momentos provocados con la desaparición de los judiciales cuando el agua se tragaba los cuerpos del comandante Cortés y sus hombres, cuando una nueva “marejada” se hacía presente de una manera precipitada, descontrolada, desparpajada, deforme y despiadada, parecía una especie de “tsumani”, que golpeaba con fuerza las estructuras de concreto que sostienen los puentes. Las embravecidas aguas del río Santa Catarina atacaban con tal brutalidad las carrocerías de los autobuses hasta arrancarlas de su anclaje, los camiones comenzaron a balancearse, veíamos que ya no estaban atados al piso, estaban siendo removidos por la fuerza de las olas, levantados de su marasmo, en cuestión de minutos habían dejado de oponer resistencia, los embates del Gilberto deban en el blanco moviendo con lentitud los autobuses. No podíamos creer que los camiones, después de 6 horas, se habían puesto en marcha, atrás había quedado la historia de permanecer atrapados en el lecho del río Santa Catarina, ahora en un abrir y cerrar de ojos la corriente los arrastraba a su antojo: parecían “barquitos” de papel, tan débiles que eran llevados por esa “marea”:re-

cuerdo que a uno de ellos lo hizo girar 180 grados, lo llevó casi en forma sincronizada hasta colocarlo a lo ancho, lo empujó con brutalidad y lo impactó contra las estructuras de concreto del puente Miravalle partiéndolo en dos. Los otros autobuses rodaron dando varias vueltas hasta perderse. La fuerza del agua había sido implacable, a uno lo había trozado y a los otros los había hecho añicos en segundos. Algunos de los pasajeros en su desesperación saltaron al agua, otros se dejaron llevar, pero sólo duraron unos momentos a flote porque desaparecieron de la vista de todos. Hubo silencio, pero pronto nos recuperamos del impacto, del insólito acto que habíamos presenciado. Nada pudimos hacer contra la naturaleza, nos repetíamos, nos maldecíamos ¿por qué no hicimos nada carajo? En mi interior recordaba que esos pasajeros pudieron haber bajado, pudieron haber caminado hasta la orilla del río, ¿por qué nunca lo hicieron? Creo que seguramente no hubo autoridad capaz de obligarlos a bajar; ahora ya teníamos una historia que contar acerca de los estragos, los daños y las muertes causados por el huracán Gilberto en Monterrey, algo que no había ocurrido a lo largo de su trayectoria por el Caribe y el Golfo de México.

DESAPARECEN AUTOBUSES CON 160 PASAJEROS EN CORRIENTE DEL RÍO SANTA CATARINA.

Las autoridades podían confirmar a los medios que había ocurrido una tragedia, historia que estaríamos escribiendo aquél 17 de septiembre del 88. Ocurrieron llamadas y llamadas entre el secretario de Gobierno, José Natividad González Parás, el Procurador de Justicia, Juan Francisco Rivera Bedolla y el Gobernador de Nuevo León, Jorge Treviño Martínez hasta que cuadraron la versión. No había nada qué ocultar, todo se había grabado, habíamos muchos testigos, nada se hizo, nada se pudo hacer, poco se quiso hacer para rescatar a los 160 pasajeros que encontraron su tumba en el interior de los 4 autobuses. No se sabía cuántos muertos iban hasta el momento, cuántos hogares habían sido siniestrados y qué cantidad de avenidas y carreteras habían sido destrozadas por el huracán. Dadas las dimensiones de la destrucción de la infraestructura vial, daños a unas 25 mil viviendas, cientos de lesionados y decenas de muertos.

Más tarde anunciarían que el Presidente, Miguel de la Madrid llegaría a tierras regias para ser testigo de los daños provocados por Gilberto y anunciar un plan de contingencia y apoyo humanitario para los damnificados sin vivienda. Entonces nació oficialmente el comité de Protección Civil de Nuevo León, como ya se había establecido en la ciudad de México después del terremoto del 85.

Ocurrida la catástrofe, alcanzamos a escuchar gritos de desesperación que se dejaban sentir en toda el área emitidos desde las patrullas y ambulancias de las cruces Roja y Verde de San Pedro y Monterrey. Los policías y socorristas corrían al otro extremo del puente Miravalle pensando que allá encontrarían a los pasajeros de los autobuses. Yo seguía viendo el trascavo: pensé está vacío, me pareció que veía alucinaciones porque divisaba uno de los cuerpos entre las marejadas de agua, más tarde esa visión la confirmaría, efectivamente un judicial colgaba del trascavo,

mientras que el resto de sus compañeros habían desaparecido entre la furia del agua, justo en el sitio donde antes se encontraban Cortés y sus hombres. Todo lo habíamos grabado, desde entonces guardábamos esas imágenes para la posteridad, sin imaginarlo.

Gilberto seguía vivo, era el momento más trepidante, el agua golpeaba ahora con fuerza descumunal las estructuras del puente Miravalle, entre Morones Prieto y Calzada San Pedro. Lo mismo ocurría kilómetros adelante con los puentes de Gonzalitos, Pino Suárez, Cuauhtémoc, Zaragoza, Revolución, Guadalupe y muchos otros. Por seguridad habían sido cerrados a la circulación de todo tipo de vehículos. El agua llegaba al tope y su oleaje se montaba sobre la avenida, “pasaba por encima de los puentes”, decían los policías. Parecía que de un momento a otro cualquiera de esos cruces podría colapsar a causa de la fuerte embestida de Gilberto. La circulación a los vehículos permanecía cerrada con vigilancia extrema ante la gran avenida; Nosotros estábamos atrapados y deseábamos cruzar Miravalle para ir a la televisora. No podíamos, estábamos impedidos, sabíamos que teníamos que cruzar si queríamos llegar a tiempo para nuestro noticiero a Canal 2 de telecentro de Monterrey para difundir nuestras imágenes. Algo teníamos que hacer, lo planeamos con sólo mirarnos ¿nos la jugamos? Pregunté, los camarógrafos asintieron, no la pensamos, nos persignamos y corrimos unos 150 metros hasta

donde estaba la Combi, la habíamos dejado sobre Calzada San Pedro en dirección a Monterrey. Queríamos aprovechar la confusión que reinaba en el puente Miravalle y que la atención de los socorristas y policías se centraba en lo acontecido, los veíamos buscando entre la marejada rastros y rostros con la finalidad de tratar de salvar pasajeros, entonces decidimos tomar por “asalto” el puente Miravalle, donde habían prohibido el paso. Debo confesar que sentí miedo y pánico cuando decidimos cruzar el puente después que había visto cómo el agua se había tragado a Cortés y los pasajeros de los 4 autobuses. ¡pégale al acelerador de la camioneta! Dije. “Chingue a su madre”, dijo Fabián, y sin pensarlo arrancó con frialdad, avanzamos sin luces por el puente Miravalle de sur a norte. Desconozco si hubo alguien que hubiera intentado interponerse en nuestro camino, ya no podíamos detener nuestra marcha, sentíamos el golpe de la corriente en las llantas y de vez en vez una que otra ola azotaba la carrocería de la Combi. Seguimos avanzando sin vacilar, parecía que jamás llegaríamos al otro extremo, el agua se confundía con el piso, sentimos alivio cuando al fin alcanzamos a cruzar para colocarnos al otro lado de la avenida en el municipio de Monterrey. Aquello nos había parecido eterno, dábamos gracias a Dios que ya habíamos cruzado el puente, el mismo que minutos antes había trozado y arrastrado los autobuses, arrojando a los pasajeros a la corriente del río. Sen-

tí consuelo, “dale, dale”, dije, avanzamos por calles que parecían ríos hacia Díaz Ordaz, entroncamos con Fleteros, dimos vuelta en Aramberri. Seguimos con lentitud al oriente sin detener nuestra marcha hasta llegar a Privada Alameda como a eso de las 03:30 de la mañana. No podíamos creerlo, por fin estábamos a “salvo” en Canal 2 de Monterrey, con una “increíble” historia que contaríamos al mundo.

“Al menos 200 muertos, cientos de lesionados y miles de casas inundadas dejó el huracán Gilberto a su paso por Monterrey la madrugada de este sábado”. Así inicié la redacción de mi reportaje para el noticiero matutino de las 7 de la mañana que conduciría, Lucía Navarro.

No sentía sueño ni cansancio, era increíble como después de 24 horas de permanecer despierto, tras haber iniciado mi trabajo desde las 6 de la mañana del día 16 de septiembre, seguía en pie. Dante de la O. Uresti y César Guerrero, este último jefe de redacción del noticiero matutino, tenían por costumbre llegar puntuales a redactar las noticias, ese día aparecieron en la televisora como a las 5 de la mañana. Llegaron frescos como leugas, muy quitados de la pena y sin conocimiento del tamaño de la tragedia.

¿Cómo te fue Santiago? Preguntó César Guerrero, le mostré lo redactado, apenas leyó unas líneas, movió el mostacho, se acarició el pelo y me miró mos-

trándose impactado. Preguntó por las imágenes y comenzó el acelere. Me pidió otras noticias cortas para “aprovechar” los videos. ¿Andaban más televisoras? Preguntó. No, fue mi respuesta. Bien la llevamos de exclusiva, exclamó sonriendo al saber que sólo Canal 2 de televisión (hoy Televisa Monterrey) tenía imágenes de la tragedia del Gilberto.

Pasaron 30 minutos cuando llegó una llamada de Televisa desde la Ciudad de México, era el Gallo Calderón, conductor del noticiero matutino de los sábados de esa televisora que pedía le hiciéramos llegar la noticia de Gilberto en Monterrey. Me pidieron compactar la información porque sería transmitida a nivel nacional vía microndas, sabían que nuestro equipo de noticias de Canal 2 de Monterrey había grabado imágenes “increíbles” del arribo de Gilberto y la destrucción que había provocado a lo largo del río Santa Catarina. Yo mantenía una sonrisa de satisfacción por “el deber cumplido”, después de todo la tragedia, la vida misma, me daba la oportunidad de demostrar mi capacidad periodística, el temple y la fortaleza: egresado apenas 3 años antes, generación 85, de las aulas de la facultad de Ciencias de la Comunicación de la UANL, me decía a mi mismo: “reportero sin suerte no es reportero”. Me senté en mi escritorio, me quedé meditando sobre lo acontecido, mi mente seguía reproduciendo las terribles imágenes de los lamentables sucesos, en los miles de habitantes sin hogar y en

los cientos de muertos que dejó Gilberto en Nuevo León.

A eso de las 6 de la mañana llegó coqueta, sin maquillar y muy sonriente a la redacción Lucía Navarro, la conductora del noticiario matutino. Venía tan despreocupada haciendo muchas preguntas, se notaba que nada le había quitado el sueño y seguía preguntando qué había ocurrido con Gilberto. “¿No viste cómo lleva de agua el río Santa Catarina? Pregunté; No, respondió ella; ¿De dónde vienes? Interrogué; Del Obispado, volvió a responder, hasta entonces supe el motivo por el cual ni cuenta se había dado que Gilberto había provocado la mayor tragedia de todos los tiempos en nuestra ciudad.

¿Cuántos muertos? preguntó; Unos 200, le dije; ¿Quién te lo dijo? preguntaba por la fuente de la información; Nadie, le respondí, es un número que Yo inventé. Hice cuentas de los 160 pasajeros, los judiciales, los automovilistas atrapados en los bajos de los puentes, los que habitaban en las márgenes de los ríos y arroyos y uno que otro despistado que la corriente hubiese arrastrado al paso de Gilberto. Mis cuentas me dan no menos de 200 muertos. Así se leyó en las noticias de Canal 2 de Monterrey, además del programa Esta Mañana de Televisa, noticiero de revista que conducía Juan “El Gallo” Calderón (q.e.p.d.). Así fue como enteré a Lucía Navarro de la información

al amanecer del sábado 17 de septiembre. Nadie se atrevió a desmentir la cifra de muertos, que pronto se haría oficial. Más tarde llegó a la redacción nuestro Jefe, Gilberto Armienta Calderón gritando a los reporteros: “no alarmen a la población”, las imágenes no mentían, hubo muchos muertos, cientos de lesionados y miles de damnificados.

Los hechos eran mi mejor vocero, fui testigo y protagonista de una historia, que a 25 años de la mayor desgracia provocada por el huracán Gilberto en Nuevo León, taladraba mi mente, imágenes que me daban vuelta cada año al conmemorarse la fecha de la desgracia, no me atrevía a contar lo vivido, aunque tampoco tenía razones para no hacerla, creo que en realidad fue gracias a la insistencia de mis valerosos camarógrafos Fábian Rojas, Jaime Rodríguez y Ricardo Peña que finalmente decidí contarla para narrar esta historia con el mayor lujo de detalles, esperando que nos sirva de experiencia y que jamás se repitan los errores cometidos, más no aceptados por quienes pudieron evitar la tragedia. Tal vez trabajar más para prevenir y enfrentar fenómenos naturales con la dimensión de Gilberto, como ya nos volvió a ocurrir el 1 de julio en la entidad con el huracán Alex.

Lo peor había pasado, amanecía y seguí reportando, me habían avisado que socorristas de la Cruz Verde de Monterrey rescataron, semidesnudos, en horas de la

madrugada, a unos 13 pasajeros de los autobuses que milagrosamente habían quedado atorados en algunos árboles; estaban sanos y salvos en el puesto de socorro cubiertos con sábanas, hasta donde fui a entrevistarlos.

Muchas fueron las noticias que Gilberto generó la mañana del 17 de septiembre, pero ninguna otra

con la dimensión y el impacto que dejó la muerte de los pasajeros de los 4 autobuses y la trágica desaparición del comandante, César Cortés y los judiciales que perdieron la vida esa madrugada que atacó el huracán de miedo.

FIN DE LA CRÓNICA.

NUEVO LEÓN: TORMENTAS, HURACANES Y DESTRUCCIÓN DESDE LA FUNDACIÓN DE NUESTRA CIUDAD METROPOLITANA DE MONTERREY.

Gilbert pasó a la historia como el ciclón más destructor que se haya registrado en décadas en Nuevo León, dejando millonarios daños materiales y humanos a lo largo y ancho de sus 800 kilómetros de diámetro, principalmente en al área metropolitana de Monterrey, donde el ojo del huracán asomó por encima de la metrópoli, convertido aún en un poderoso meteoro categoría 2 ó 3, antes deshacerse como depresión tropical en los Estados Unidos, donde provocaría 29 tornados en Texas.

La historia de Gilberto es una de las tantas desgracias están ligadas al río Santa Catarina desde la fundación de la Ciudad aquél año de 1596. Este cauce se origina en la Sierra de San José, en los límites de Nuevo León con Coahuila donde tiene su nacimiento en la Sierra Madre Oriental y vierte su cauce por los municipios de Santiago, Santa Catarina, San Pedro, Monterrey, Guadalupe, Juárez y Cadereyta, donde se une con el río San Juan.

Desde siempre el río Santa Catarina ha sido escenario de grandes desgracias donde las tormentas, aguaceros, lluvias torrenciales y huracanes han dejado marcados a los pobladores por los trágicos desbordamientos, deslaves e inundaciones con incontables pérdidas humanas y daños materiales millonarios incuantificables.<

Septiembre es para los mexicanos el mes de la patria, pero también desde hace tiempo es el mes de las desgracias en Nuevo León. Citan las Actas de Cabildo del Archivo Histórico de la Ciudad de Monterrey que en el siglo XVII el cronista del Reyno, Alonso de León, decía que en septiembre “se abrían las cataratas del cielo y se inundaban las incipientes calles”. Fue entonces que con singular descripción escribió sobre la primera inundación de que se tiene memoria un 26 de septiembre de 1611. Este año marcó el inicio de las desgracias que acompañan a Monterrey provocadas por grandes crecientes en el río Santa Catarina, documentadas en los archivos históricos de Nuevo León

dando testimonio de al menos 30 grandes tragedias registradas por distintos fenómenos meteorológicos, que luego de originarse en el Golfo de México, han descargado grandes cantidades de agua en el Cañón de la Huasteca y vaciado sus aguas a una increíble velocidad aumentando el volumen pluvial del Santa Catarina hasta provocar desbordamientos, inundaciones y destrucción cuando atraviezan la Ciudad.

Los primeros pobladores del Monterrey metropolitano, encabezados por Diego de Montemayor hacia 1596, narraron aquella tragedia que vivieron el año de 1611, cuando torrenciales aguaceros se desataron sobre la Ciudad: “bajaron por la cañada” con consecuencias mortales a los márgenes de los ojos de agua del río Santa Lucía. En ese entonces la corriente arrastró más de la mitad de las casas, obligando a los moradores a reubicar la Ciudad a la parte más segura que representaba lo que hoy conocemos como calle Padre Mier hasta la Plaza Zaragoza en el año 1612.

Años más tarde, el propio Alonso de León, escribió con elocuencia y parsimonia, reflejando esa calma en sus palabras después de la segunda inundación de que se tienen registros en el sitio conocido como Casas Reales en 1636: los torrenciales aguaceros de 1636 derribaron todas las casas de Monterrey, dejándola hecha un desierto” el cronista de la época, de acuerdo a las Actas de Cabildo de la Ciudad de Mon-

terrey, Volumen 999, Expediente 19776/00, volvió a relatarnos otras dos inundaciones en los años de 1642 y 1648, lluvias sin mayor impacto y consecuencias para la población de aquél entonces que se dedicaba en su mayoría a la agricultura y al comercio.

Monterrey ya era una ciudad propiamente establecida que contaba con ciertos caserones y edificios coloniales de los que ahora conocemos como arquitectura norestense, cuando en 1716 sus habitantes volvieron a ser víctimas de una tercera inundación. La Ciudad vivía del comercio y se habían establecido pequeños talleres naciendo leyendas increíbles como aquella atribuida a la zapatera, Antonia Teresa, según describió José Garza en su libro Monterrey 400, Una Historia de Progresos: esta mujer según se dijo: “sacó la imagen de una Virgen que tendió sus manitas para apaciguar las aguas”, se trataba de la Virgen de la Purísima, a la que se le venera en un templo donde está el Santuario de la llamada “Virgen Chiquita”, como se le conoce en Monterrey, imagen que fue bendecida por el Papa Juan Pablo II en una de sus visitas.

La Ciudad ya era un importante centro febril a inicios del siglo XX en el norte de México, habían crecido los comercios y se habían establecido importantes industrias como la Cervecería y la Fundidora de Monterrey cuando sobrevino la cuarta inundación en la historia de Nuevo León.

En los anales de la historia se dijo que el 26 de agosto de 1909 Monterrey, Nuevo León, gobernado entonces por el General, Bernardo Reyes, había sido devastada por torrenciales aguaceros que durante dos semanas azotaron la Ciudad “dejando las más grandes inundaciones” que se tiene memoria, cita el historiador José Garza: “Una de las más grandes inundaciones. Durante dos semanas llueve continuamente en la región. Se calcula que el número de muertos asciende a 4 mil”. Los más afectados de estas lluvias habían sido los pobladores que habitaban a las orillas del río Santa Catarina. Cuentan las historias que muchos de estas víctimas habían participado en la construcción del Palacio de Gobierno y que habían sido asentados al sur del río, lugar que hoy conocemos como la populosa colonia Independencia, quedaron incomunicados a consecuencia del derrumbe del legendario Puente de San Luisito que se había visto afectado por las lluvias. Durante varias semanas los habitantes se

vieron impedidos a cruzar el río para acudir al centro de la Ciudad hasta que bajó el nivel del agua. Existe un informe del 20 de septiembre de 1909 en las Actas de Cabildo, Volumen 999, Exp. 1909/040, donde el ingeniero P. Reygondand de Villebardet advierte en qué condiciones había quedado el Puente San Luisito “después del último desbordamiento del río de Santa Catarina así como de las reparaciones, que son necesarias para su conservación”.

Monterrey fue presa de nuevas inundaciones el 22 de Septiembre de 1967 cuando la cola del Huracán Beulah provocó una sorprendente crecida en el río Santa Catarina, con saldo de 58 muertos según se dijo en los medios informativos de la época, esa día los estragos del ciclón eran resentidos con mayor intensidad en el estado de Texas, donde el fenómeno provocó más de 115 tornados.

REGRESA EL PÁNICO A MONTERREY: ALEX 2010

Una sexta y gran avenida registró Monterrey al arribo del huracán Alex el primero de julio de 2010. Muchos creímos que la historia de Gilberto se repetiría, pero no fue así, al menos no en la dimensión o con la intensidad con la que atacó Gilberto.

Alex llegó a Monterrey de día, para entonces ya existían comités de protección civil federal, estatal, municipales y vecinales. Los servicios meteorológicos predijeron con acertividad el arribo del fenómeno, los medios de comunicación mantuvieron en alerta a la población y daban consejos de qué hacer en caso de emergencia. Éramos, 22 años más tarde, una sociedad más preparada, con mayor grado de conciencia, pero seguíamos siendo muy vulnerables a los embates de la naturaleza, como lo describió el 6 de julio de 2010 Abraham Nuncio en la sección de Opinión del periódico capitalino La Jornada: <http://www.jornada.unam.mx/2010/07/06/index.php?section=opi->

nion&article=017a1pol donde afirmaba que: “Ése ha sido el caso en Nuevo León. Los daños en las viviendas y en la infraestructura de la ciudad, así como muchas de las víctimas se deben a causas imputables a las autoridades. El río Santa Catarina fue canalizado a principios de los años 50, y en el anterior gobierno de José Natividad González Parás se concluyó la represa Rompepicos, que inició el de Fernando Canales Clariond”.

Efectivamente los gobiernos estatales de Nuevo León, desde tiempos de Sócrates Rizzo (Gobernador 91-95), Benjamín Clariond (95-97), Fernando Canales (97-2002), Fernando Elizondo (2002-2003) José Natividad González Parás (2003-2009) y Rodrigo Medina (2009-), apoyado por el Presidente, Enrique Peña Nieto (2009-), para la realización de obras hidráulicas de gran envergadura. Se construyó la presa el Cuchillo, se planearon diversos contenedores entre ellos la presa Rompepicos y se desasolvieron ríos y arroyos hasta construir un canal de estiaje en el río Santa Catarina.

Aún así los daños provocados por Alex a nuestras vialidades e infraestructura urbana ascendieron a unos 16 mil millones de pesos, más de 4 mil viviendas se vieron afectadas, escuelas y comunidades padecieron los estragos del fenómeno, aunque en menor grado comparado con lo registrado con el huracán Gilberto.

El fenómeno llamado Gilberto había dejado enseñanzas muy importantes a la sociedad: después de este meteoro las televisoras dieron una importancia primordial a los servicios meteorológicos estableciendo la sección del estado del clima en sus noticiarios. No había reporteros nocturnos, pero Gilberto se encargó de abrir esta nueva fuente reporteril. Me puedo considerar el primer reportero de televisión nocturno

de Nuevo León. Se establecieron comités de protección civil en todos los niveles de gobierno y hasta en los barrios y las colonias. Las cuadrillas de Agua y Drenaje de Monterrey y de la CFE atienden por Twitter, Facebook y otras redes las llamadas de alerta de la población.

Sin duda seguimos siendo vulnerables a los fenómenos naturales, tal vez nos siga faltando mayor planeación, pero por más prevención que podamos proyectar, de lo que sí estaremos seguros es que jamás podremos contra la impenetrable fuerza de la naturaleza provocada por meteoros como Gilberto, que vino a terminar con el enigma aquél de que Monterrey era impenetrable por un huracán.

TRAGEDIAS DE MONTERREY LIGADAS AL RÍO SANTA CATARINA

Dejan una profunda, dolorosa e imborrable cicatriz cuando la furia del río cobra vida.

Las grandes tragedias del Monterrey metropolitano y contemporáneo tienen como fiel compañero al río Santa Catarina, como ocurrió hace 25 años cuando el Huracán Gilberto provocó una avenida impredecible en este apacible cauce que con una fuerza devastadora devoró todo lo que encontró a su paso.

La madrugada del arribo de Gilberto nos demostró que unas cuantas horas fueron suficientes para crear tal poder destructor en el área metropolitana. Fuimos testigos de cómo opera el fenómeno cuando arriba a nuestro estado: llega convertido en tormenta tropical deposita sus aguas en las montañas, las vierte desde la cima de la sierra a una pendiente desde 2 mil metros que en minutos desciende hasta 500 mtros sobre el nivel del mar arruinando cientos de hoga-

res, destruyendo vialidades y dejando un registro de muertos y heridos.

Esta hipótesis plantea entonces que en realidad los desastres ocurridos en Monterrey y su área metropolitana no han sido provocados directamente por un huracán, como hasta ahora lo habíamos afirmado historiadores, cronistas, autoridades y periodistas, sino más bien son consecuencia de una gran avenida que baja a toda velocidad por el río Santa Catarina destruyendo todo a su paso sin que hayamos encontrado la fórmula de cómo canalizar su descomunal fuerza.

Ya se han hecho importantes intentos por contener la descarga de toneladas de agua en lo alto de la sierra y su caída libre con la construcción de la presa rompepicos, pero es ese fenómeno colateral, que se genera cuando el agua toca tierra en la montaña, baja con tal fuerza por una pendiente situada a más de 2 mil metros sobre el nivel del mar hasta descender a

unos 500 metros en el río Santa Catarina, pareciera que es la causa verdadera de las desgracias ciudadanas.

Este es el gran pendiente que tenemos como sociedad con nuestras futuras generaciones de regiomontanos ¿cómo evitar que el río se salga de lo que creemos es su cauce y termine afectando vialidades, construcciones, casas, edificios? Lo vivimos con Gilberto en 1988 y lo volvimos a padecer más recientemente con el huracán Alex en el año 2010. Tal vez tengamos que ver ejemplos de otras naciones de cómo han resuelto problemas de pluviales.

La historia de devastación parece repetirse en Monterrey desde que se tiene registro de los desastres ocurridos en Nuevo León. El fenómeno parece ser el mismo: se forma el ciclón en el océano Atlántico, recorre el mar Caribe, cruza el Golfo de México entra a tierra por Tamaulipas y descarga sus aguas en la Sierra Madre Oriental.

Ya lo sabemos, se produce una especie de efecto “bola de nieve”, que cae en forma sorprendente formando una gran corriente acompañada de un movimiento desordenado de olas continuas que van creciendo hasta destruir cuanto se atravieza a su paso. Así ocurrió aquella madrugada del 17 de septiembre del 88 cuando los meteorólogos pronosticaron que Gilbert llegaría a Monterrey convertido en depresión tropical, pero jamás imaginamos que esto formaría

algo parecido a un “tsunami” con fuerza devastadora capaz de desquiciar la Ciudad.

Pocos, muy pocos ni siquiera los más expertos tuvieron la visión para proyectar qué hacer o cómo actuar en caso de un daño colateral como el provocado por Gilberto, aquella trágica madrugada en la que la corriente arrastró a su paso estructuras metálicas, construcciones de concreto y automóviles destruyendo cientos de viviendas localizadas en el margen de esta importante riada.

Este fenómeno natural rompió con el mito de que Monterrey jamás sería devastado por un ciclón, bajo el supuesto que las montañas protegían a la gran urbe regia de los devastadores vientos de un huracán.

La tesis popular del Monterrey amurallado contra huracanes quedó sumergida en las aguas del Gilberto, lo cierto es que el ciclón del 17 de septiembre de 1988 no llegó a nuestra entidad con vientos huracanados, sino más bien convertido en tormenta tropical.

La noche del 16 de septiembre y madrugada del 17 de ese mes todo cambiaría para Nuevo León y para México, el paradigma del Monterrey acorazado contra huracanes terminaría para siempre con el arribo del Huracán Gilberto a tierras regias.

La sociedad y el gobierno nos vimos superados por las circunstancias, sin herramientas ni estrategias,

no supimos cómo actuar ante un fenómeno tan devastador como el que representó Gilberto en su momento con todas las dificultades técnicas y tecnológicas.

Nos enfrentamos a lo desconocido. Incrédulos pensamos que los vientos cargados de toneladas de agua toparían en la Sierra Madre Oriental y debilitarían la fuerza del huracán, que días antes había nacido en las tibias aguas del Atlántico, pero nunca nos preguntamos a dónde iría a parar toda esa agua.

No alcanzamos a reparar que la fuerza del Huracán Gilberto no estaba en sus vientos. Ciegos por la ignorancia no pudimos percatarnos que la potencia del ciclón estaba en el rápido descenso de sus aguas que se habían desconvocado a más de dos mil metros sobre el nivel del mar.

El agua bajó a gran velocidad desde lo alto del Cañón de la Huasteca hasta el nacimiento del cauce del Río Santa Catarina sin que pudieramos alertar a la población. Nos tomó por sorpresa el descomunal fenómeno, sin que pudiéramos reaccionar ante las turbulentas aguas del río Santa Catarina que embravecido reclamó su territorio, provocando destrucción y muerte desde Santa Catarina hasta Cadereyta Jiménez, Nuevo León.

Reaccionamos ante el fenómeno por supervivencia, pero en el área metropolitana de Monterrey en ese

año de 1988 no estábamos preparados para enfrentar estos prodigios producidos por un meteoro que ya nos había anunciado que tan destructivo podría ser.

Hoy a 25 años de la tragedia del Huracán Gilberto, bien cabría cuestionarnos si hemos aprendido de las experiencias de fenómenos producidos por huracanes como Gilberto, qué hemos hecho y qué hemos dejado de hacer para contener la furia de meteoros como un huracán, quisiéramos pensar que sí hemos sido capaces de asimilar estas experiencias, aunque todo parece indicar que no, porque el ciclón Alex en el año 2010, nos puso una nueva prueba de resistencia que volvimos a reprobar demostrándonos que ante los embates de la naturaleza seguimos siendo tan frágiles como aquél 17 de septiembre de 1988.

La respuesta sólo la sabremos en el momento en que nuestras montañas de la sierra maestra vuelvan a convertirse en un gran contenedor y luego dejen verter sus aguas como un gigantesco cubetazo, como nos ha ocurrido en dos ocasiones anteriores en los últimos 25 años.

Gilberto nos demostró en el 1988 que el poder destructivo de un huracán es una de las fuerzas más demoledoras de la naturaleza, contra la que no existen equipos, estrategias preventivas, programas de atención, alertas o máquinas que puedan contener tal fenómeno como Gilberto, el “Huracán de Miedo”.

FIN

TODOS EN NUEVO LEÓN TENEMOS UNA HISTORIA QUE CONTAR DEL HURACÁN GILBERTO.

LA EXPERIENCIA DEL HURACÁN “GILBERTO”

En Septiembre de 1988, en plena temporada de huracanes y lluvias, llegó hasta la redacción de El Norte la información de que un ciclón de grandes dimensiones se desplazaba por el Golfo de México hacia las costas de Tamaulipas.

Después de la Junta Editorial de la mañana, Ramón Alberto Garza, Director Editorial, y sus Subdirectores Editoriales, Martha Treviño y Manuel Galván, habían tomado la decisión, en base a la información del Servicio Meteorológico Nacional, de desplazar a un equipo de 5 personas a Matamoros, Tamaulipas; a esperar la llegada del “Gilberto”.

El equipo era comandado por Omar Elí Robles, Editor del Periódico El Sol, el entonces Reportero de El Sol, Benjamín Rodríguez; los Fotógrafos Juan José Cerón y Miguel Ángel Ramírez, y Roldán Trujillo, Reportero de la Sección Local de El Norte.

El equipo llegó a Matamoros para tener la cobertura, entrevistas e imágenes del Huracán “Gilberto”.

Se recorrieron calles y las instalaciones del Cuerpo de Bombero inundadas, se tomaron imágenes de palmeras que casi el viento sacaba de la tierra y decenas de personas clavando grandes tablas de madera en puertas y ventanas, se entrevistó al personal del Sector Naval, y se envió la información a Monterrey.

Ahora sólo era cuestión de esperar en las habitaciones sin luz del Hotel Ritz, en las desoladas calles de un fantasmal Centro de Matamoros.

Pero llegó el día siguiente y no pasó nada, el Huracán “Gilberto” había tocado tierra por la Comunidad de “Carboneras” un poco más delante de San Fernando, hacia el sur de Tamaulipas.

Mientras los cuatro integrantes del equipo se desplazaron hacia aquella zona, un servidor se quedó en Matamoros, para enviar la información temprano.

Al marcar a la Redacción de El Norte, Mary Suárez, la eterna recepcionista de El Norte me dijo:

“No hay nadie, todos andan en la calle tomando fotos del Río Santa Catarina que está lleno de agua, y se llevó los juegos Manzo. Hasta el licenciado Ramón (Alberto Garza) anda tomando fotos”.

La llegada del “Gilberto” había tomado desprevenido a más de uno en Monterrey.

Tan seguros estaban en la Redacción de El Norte que el huracán golpearía tierras tamaulipecas, que el equipo en pleno de la Sección Local estuvo la noche anterior hasta entrada la madrugada festejando el cumpleaños del Reportero Zenón Escamilla.

Cuando salieron de casa de Zenón pensaron que la intensa lluvia era sólo consecuencia del huracán en Tamaulipas.

Pero al despertar temprano, todos comenzaron a llamarse por teléfono unos a otros, y salieron a la calle a tomar fotografías del inédito Río Santa Catarina con un intenso caudal de agua fluyendo por el cauce que para esta generación de reporteros siempre había estado seco.

Reporteros como José Luis Carrillo, Angélica Ulate, Zenón Escamilla, Gabriela González, Nora Alicia Estrada, Patricia Esquer, Luis Alberto Lara, Enrique Patiño, Juan Antonio Lara, Luis Antonio Lucio, Fernando

Martínez, María de Jesús García y otros más de otras secciones del periódico, comenzaron a escribir y reseñar hasta entonces una de las más grandes tragedias en Nuevo León.

De ahí surgieron las historias del César “El Campeón” Cortés y sus compañeros de la Judicial que fallecieron intentando salvar a unos pasajeros de un camión atrapado en el Río; de Rogelio Ayala Contel, quien sobrevivió después de recorrer desde San Pedro hasta Cadereyta, en medio de lo fuerte del caudal; la duda de saber cuántas personas fallecieron en realidad en aquella tragedia, y de los juegos mecánicos de Atracciones Manzo, que por muchos años habían divertido a miles de regiomontanos que iban al lecho del Río Santa Catarina.

Esa misma imagen era la que estaban pasando en la televisión por la Cadena Eco, que Televisa acaba de lanzar a nivel internacional, mientras me despedía de la llamada telefónica con Mary Suárez.

Esas imágenes, que forman parte de un archivo que Televisa Monterrey – empresa para la que ahora con mucho entusiasmo trabajo- ha tenido por muchos años, era seguramente la que más impactó a miles de televidentes en Monterrey y en Nuevo León; y a miles de paisanos en México, a través de Eco, de Televisa México.

Para mí es un honor y un orgullo que estas imágenes tomadas por compañeros de Televisa Monterrey no sólo sigan siendo compartidas y difundidas, sino que también continúen causando el mismo impacto y asombro, como a muchos nos pasó en aquel

Septiembre de 1988 tras la llegada inesperada del Huracán “Gilberto”.

Roldán Trujillo

Director de Noticias de Televisa Monterrey 2013

HURACÁN “GILBERTO”

Francisco Salazar Leal

Cuando hablamos del huracán “Gilberto” es inevitable acordarnos de varios acontecimientos que sucedieron entorno a este fenómeno y que dejaron huella imborrable en nuestra mente.

La muerte de dos entrañables amigos Carlos Torres y Leonardo Zavala, periodistas de los desaparecidos diarios Tribuna y El Nacional.

La conferencia de prensa que dictó el entonces Gobernador de Tamaulipas, Ing. Américo Villarreal..... que vimos en vivo en Televisión y donde anunciaba que el fenómeno había dejado de ser peligro para aquella Entidad, pues había cruzado de largo por las planicies de La Pesca y Soto La Marina.

Mientras ese Mandatario Estatal daba palabras de tranquilidad a sus coterráneos nosotros nos que-

dábamos atónitos, porque al mismo empezó a salir en las pantallas de los televisores anuncios en barras que decían claramente que **“El huracán Gilberto se dirige a Nuevo León...Se exhorta a la población que vive cerca de afluentes pluviales, ríos, arroyos dirigirse a partes altas”**. Se hacía mucho hincapié en la población que vivía cerca de los Ríos Santa Catarina, Salinas y Pesquería.

El huracán se enfilaba directamente a Nuevo León y chocaría en la Sierra Madre Oriental, como ocurrió finalmente.

A 25 años de la tragedia que trajo consigo “El Gilberto” no podemos dejar de recordar también la tragedia de los autobuses que fueron arrastrados por las embravecidas aguas del Río Santa Catarina, con todo y sus pasajeros. Esa gran fatalidad fue por la imprudencia de la autoridad al desviar esas unidades de su ruta normal, hacia Ignacio Morones Prieto

que en minutos ya era parte del Río, pues esa avenida corre al mismo nivel de ese río.

Nadie dio la orden de suspender el tránsito de unidades de todo tipo, cuando todos sabían que la llegada del meteoro era inevitable. No estábamos preparados para enfrentar esas contingencias meteorológicas y pagamos un alto precio.

A pesar de estar avisados que venía para Nuevo León nada pudimos hacer para evitar las 200 muertes que nos costó esa tragedia. Una leyenda urbana, difundida en los diarios de esa época, dice que una alta autoridad estatal cito a sus funcionarios a Palacio y los despachó temprano porque dijo, al día siguiente habrá mucho trabajo por el huracán. La suerte estaba echada.

EL GRITO DE INDEPENDENCIA Y EL ASUETO OBLIGADO

La tarea en la redacción del entonces Diario de Monterrey concluyó, con las tradicionales prisas de cerrar la edición en la víspera del 16 de Septiembre. Ya se había decretado en la administración del periódico que este aniversario del inicio de la gesta heroica no se laboraría. Por ello no habría edición de El Diario de Monterrey el día 17. El peso de la edición recaía en mi persona como subdirector editorial, porque el entonces director editorial, Lic. Jorge Villegas Nuñez se

encontraba en Argentina, en un asunto relacionado con el periódico y la educación.

El 15 de septiembre transcurrió normal en la redacción, sin sobre saltos, pero con el monitoreo constante de un huracán que nos era distante, “Gilberto”, uno de los meteoros más peligrosos en la historia registrada y que nos daba ya chispazos de lo peligroso que era, porque como marca la historia, los fenómenos que se forman en Cabo Verde, África, son los más devastadores. Y esta vez no fue la excepción.

Reporteamos que “Gilberto” ya había ocasionado daños severos en la costa sudamericana del Atlántico, en su paso por el Caribe y más tarde en la península de Yucatán, donde golpeó Cancún, en Quintana Roo y en Puerto Progreso, antes de abandonar tierra y volver a las aguas marítimas, ahora en El Golfo de México.

Los otros dos subdirectores de la empresa, Joel Sampayo Clímaco, quien dirigía La Extra de la Tarde y el Lic. Arturo García Arizpe, (ya finado) quien se hacía cargo de la Extra de la Mañana si trabajarían el 16 de Septiembre.

Cuando ya estaba el “Gilberto” en el Golfo, se decía que volvería a tomar fuerza y que muy probablemente volvería a tocar tierra, ahora en Matamoros, Tamaulipas o la Isla del Padre. Se llegó a especu-

lar que, incluso pegaría en Corpus Christi, también en Texas. Otros pronosticadores afirmaban que la fuerza de este huracán, con todo y las aguas cálidas del Golfo de México apenas lo haría llegar a Tampico o al norte de Veracruz.

Joel Sampayo Clímaco, al frente de la edición vespertina de la Extra de la Tarde del 16 de Septiembre, fue muy avezado y tituló la portada “Viene para Acá”, sus palabras impresas serían proféticas. “Gilberto” no tuvo la fuerza para llegar a Texas, pero tampoco perdió tanta que lo hubiera hecho llegar a Tampico o al Norte de Veracruz, como Tuxpan, como se pensó. Escogió un punto medio, “La Pesca” Tamaulipas, con casi la misma trayectoria del huracán “Alex.

Durante el día y la tarde de ese 16 de Septiembre la Ciudad de Monterrey, con su área metropolitana, así como los municipios del Sur del Estado padecieron lluvias ligeras, que no hacían pensar que algo grave pasaría.

Conforme entró la tarde, la lluvia arreció en la Ciudad. En esos momentos Carlos Torres González, periodista de Tribuna, que dirigía el maestro Francisco Cerda Muñoz, se topaba en la Macroplaza con Leonardo Zavala a quien de cariño llamábamos “El Pajaro” y lo convencía de ir a Torreón a la corrida donde tomaría su alternativa como matador “El Yeyo”, un joven que hizo nombre en la novillada en

Monterrey. David Casas, entonces corresponsal de El Universal se arrepintió de ir a ese festejo taurino porque le pareció de mal augurio ir, cuando apenas hacía unas horas antes había chocado. “El Pájaro” después de cuadrar detalles en su casa y en su trabajo en El Nacional, terminaría, junto con Carlos, arriba de uno de los autobuses que se llevó la corriente la madrugada del 17 de septiembre.

El cuerpo sin vida del periodista de Tribuna apareció hasta días después de la tragedia, en un ancón del Río San Juan, que se forma por los afluentes del Río Pesquería y Santa Catarina, más allá de China, Nuevo León. Los restos de “El Pájaro” nunca aparecieron. Los amigos nunca llegaron a Torreón, el viaje concluyó apenas en Morones Prieto, cerca del antiguo vado de Santa Bárbara.

ARTURO VIÓ PERDER SU CARRO; PERO LE SALVO LA VIDA.

La lluvia ya era fuerte la noche del 16 de septiembre, no había mucha actividad en la ciudad y los compañeros de la Extra de la Mañana, cuya edición del 17 estaban haciendo, se daban prisa por concluir. La noticia estaba confirmada el huracán viene a Nuevo León. Arturo García Arizpe, concluye la edición pasada la media noche. Trajeado, como era su invariable costumbre y con paraguas en mano se monta en su Dart, color verde 1979 y se enfila a su casa, toman-

do como ruta Av. Eugenio Garza Sada, luego León Guzmán que interconectada con la avenida Morones Prieto. Poco antes de pasar bajo el Puente Zaragoza, advierte un encharcamiento y ve que un Volkswagen logra pasar sin problema, el sigue después y en cuestión de un minuto ve como el agua ya llega a la mitad de la puerta de su auto. Logra sacar algunos cassettes de música de Esthela Nuñez, su cantante favorita, y sale por la ventana. Cuando llega a la parte alta de la avenida ve como su vehículo flota y se lo lleva un gran río que nunca imagino verlo lleno y con olas embravecidas.

Su auto apareció enterrado a la altura del paso a desnivel de la avenida Revolución, bajo cuatro metros de piedras cuando ya había iniciado el desazolve. Lo primero que se dejó ver fue la calcomanía redonda de la facultad de Comunicación de la UANL pegada en el cristal posterior.

El huracán nos tocó a todos los periodistas de El Diario de Monterrey recibirlo la madrugada

en nuestras casas, pero no nos impidió reportear, mandando notas a Radio, donde el Arquitecto Héctor Benavides y el Licenciado José de la Luz Lozano tuvieron una transmisión maratónica, junto con su equipo de Multimedia Estrellas de Oro.

La mañana del 17 de septiembre, tras varios intentos, pase el río Santa Catarina por el puente Revolución, para poder llegar a las instalaciones del Periódico, donde salimos de laborar hasta la mañana del 18.

Las fotos que puse en la portada de El Diario de Monterrey, Hoy Milenio, todavía nos hacen recordar ese río tan lleno de agua y de odio, que le arrebató la vida y sus bienes a muchos nuevoleonenses.

Francisco Salazar Leal, es periodista egresado de la FCC de la UANL, de donde es maestro. Ha sido reportero, editor, jefe de información y subdirector del Diario de Monterrey, corresponsal extranjero y actualmente es Coordinador de Comunicación Social del IMSS en NL.

HISTORIAS DEL GILBERTO.

Sobre el Huracán Gilberto todos tenemos una historia que contar porque todos vivimos la tragedia más grande que ha registrado Nuevo León desde su fundación.

Antes de decidirme a contar una crónica sobre los acontecimientos charlé con mucha gente que me contó sus anécdotas, me quedé maravillado por la elocuencia y la forma en que vibraban cuando contaban lo ocurrido recordando lo que vivieron la noche del 16 de septiembre o la madrugada y la mañana del día 17.

Ya nada sería igual para miles en Nuevo León. Dos grandes anécdotas recuerdo de las muchas que escuché: Una de ellas de Carlota Vargas, mujer culta, preparada, capaz, dos veces diputada federal; tuvo la honrosa distinción de entregarle la banda presidencial a Ernesto Zedillo Ponce de León en el cambio de poderes cuando Carlos Salinas de Gortari concluyó

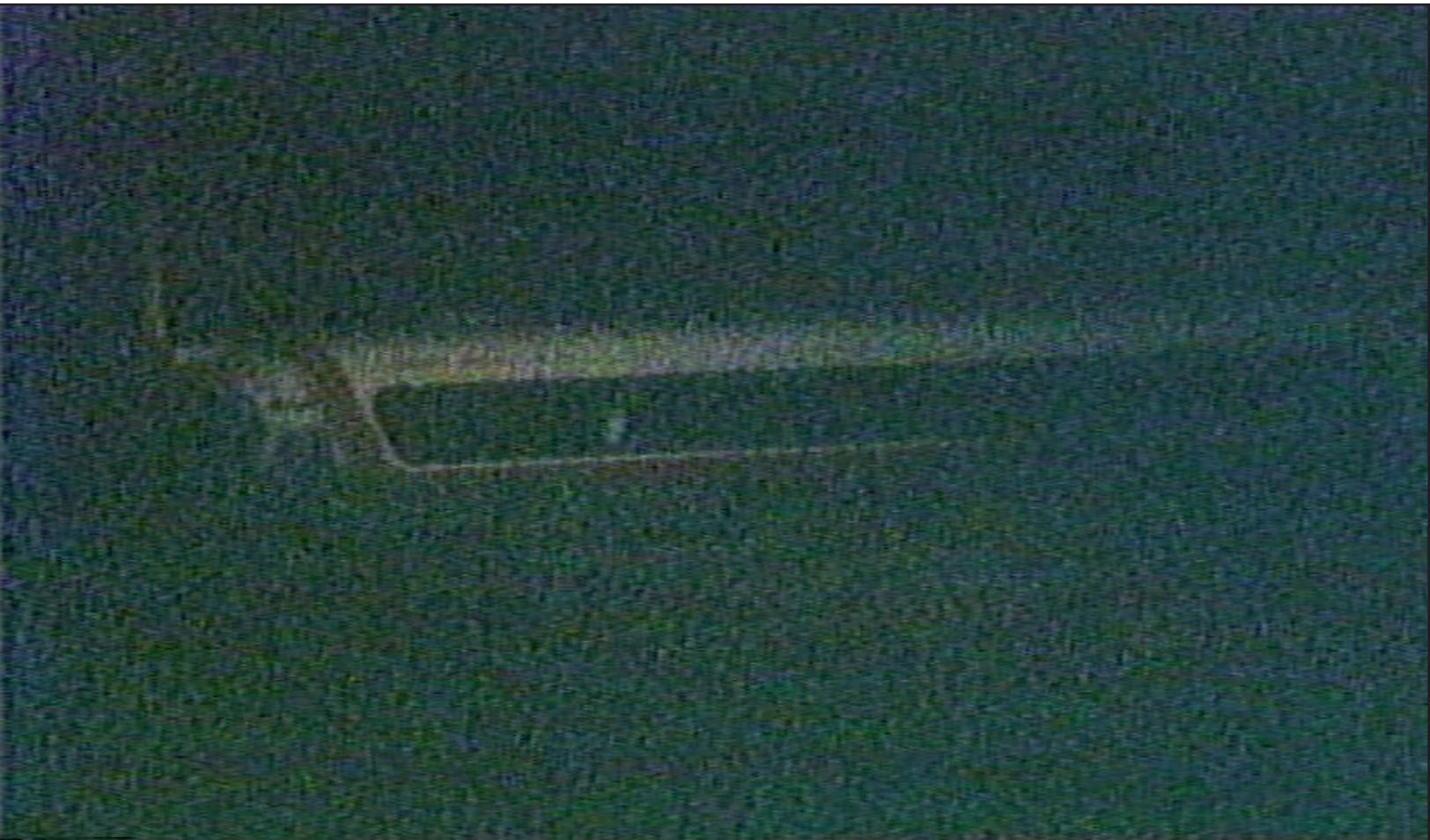
su mandato en 1994. Recuerdo que me contó que la noche del 16 de septiembre le hablaron los vecinos de las colonias aledañas a la zona que ahora conocemos como avenida Alfonso Reyes, a la altura de río Pánuco: Los vecinos me hablaron alarmados porque sentían que sus casas se inundarían a causa de que los niveles del agua se habían elevado peligrosamente: Estaba en casa, dijo Carlota, cuando recibí la llamada de los vecinos, realmente estaban alarmados, acudí a un sitio que era conocido como antiguo camino a Villa de Santiago y Río Pánuco, el agua corría con fuerza como río descontrolado, no había avenida ni pavimento, lo primero que observé fue una barda que obstruía el paso del agua, era un muro propiedad de un señor Reyes, que para entonces había formado una represa que estaba a punto de reventar. Los vecinos preguntaban reiteradamente ¿qué hacemos? Ante el inminente peligro de una inundación, dijo Carlota Vargas, tomé la decisión de derribar la barda: acto

seguido, hombres y mujeres caminaron hacia la barda, empapados por la pertinaz lluvia, se atrevieron a caminar por entre charcos de agua hasta topar con el muro para comenzaron a empujar. En cuestión de minutos habían derribado la barda para dar paso a la corriente, eliminando el riesgo de una inundación. Días después Carlota Vargas había sido demandada por el señor el tal señor Reyes, pero se había ganado el aprecio de los vecinos por evitar una tragedia humana que hubiese inundado la colonia Villa los Pinos, cerca de donde hoy, 25 años después, está ubicado un restaurante Ihop y un Carl's Jr.

Don Tomás Moreno, es un célebre personaje de la política en Guadalupe, fue regidor y en la actualidad es un reconocido cajero en los parques Guadalupeke

de ciudad Guadalupe, Nuevo León, refiere que la mañana del 17 de septiembre se corrió la voz entre la gente que el río Santa Catarina se había llenado hasta el tope: era increíble como el río bramaba al paso del fuerte oleaje. Yo iba llegando y vi a lo lejos a un grupo de gente que observaba la escena desde la orilla de la avenida Azteca y lo que hoy conocemos como Morones Prieto, dijo Don Tomás: caminaba para llegar al mismo sitio donde unas 20 ó 40 personas veían el espectáculo, cuando una marejada desgajó la rívera del río, llevándose a todos los mirones. Los demás testigos nos quedamos paralizados, no podíamos creer como en unos segundos el agua desapareció a 30, 40 personas de un tajo. Todos murieron. ¡de la que nos salvamos! remató diciendo Don Tomás Moreno.

EL GILBERTO EN IMÁGENES



Pasajeros asoman sus pañuelos por las ventanas de los autobuses que quedaron atrapados en lecho del Río Santa Catarina el 17 de septiembre de 1988.



Militares rescatando víctimas mortales la mañana del 17 de septiembre del 88



Bajo los escombros, rescatistas encontraron un vehículo que fue sepultado por las aguas del Huracán Gilberto



De espaldas, saco gris, pantalón negro, aparece, Santiago González Soto, cronista de esta historia, viendo cuando bajaba el trascavo en qué perdió la vida, César Cortés.



Lo que quedó de los juegos Manzo, ubicados en el río Santa Catarina



Las bravías aguas del río Santa Catarina captadas a las 6:30 am del 17 de septiembre del 88.



“Tsunami”, cientos de olas continuas arrastraron todo a su paso al crecer el río Santa Catarina.



Cientos de damnificados del huracán Gilberto caminan por el Blvd. Gustavo Díaz Ordaz rumbo a los albergues.



Otro vehículo descubierto por un trascavo entre los escombros del río Santa Catarina.



Momentos en que las embravecidas aguas del río Santa Catarina volcaron unos de los autobuses la madrugada del 17 de septiembre del 88



Socorristas y voluntarios buscando cuerpos bajo los escombros que arrojaron las aguas del río Santa Catarina.

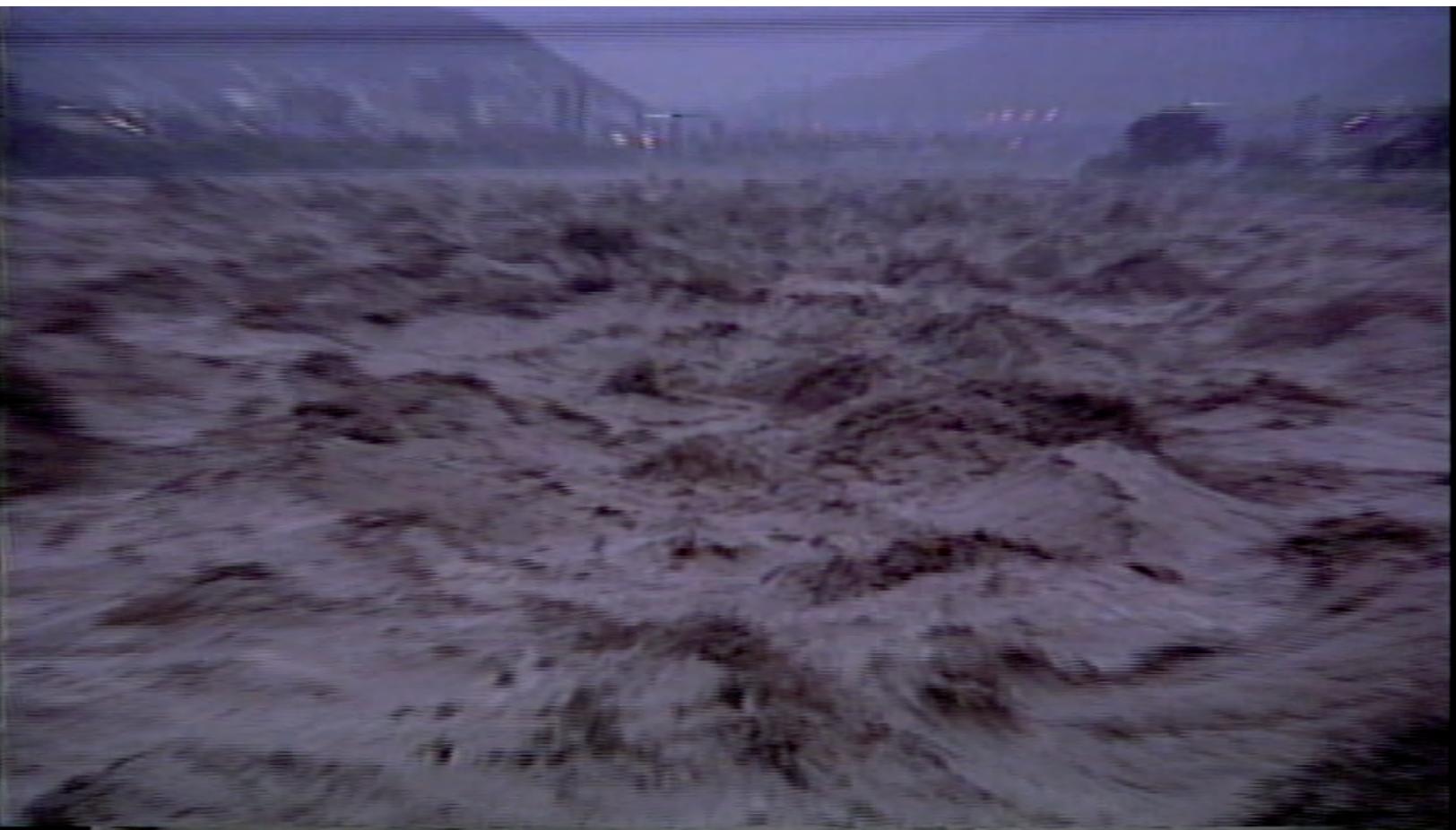


Imagen tomada desde el puente Zaragoza, donde se aprecia el fenómeno de las cientos de olas continuas que provocaron muerte y destrucción ese 17 e septiembre del 88.



Una de las estructuras de los autobuses fue descubierta al remover los escombros.



Lo que quedó de una pesera, de sus pasajeros jamás se supo nada.



El chasis de lo que fue un camión fue descubierto al bajar la corriente en el río Santa Catarina.



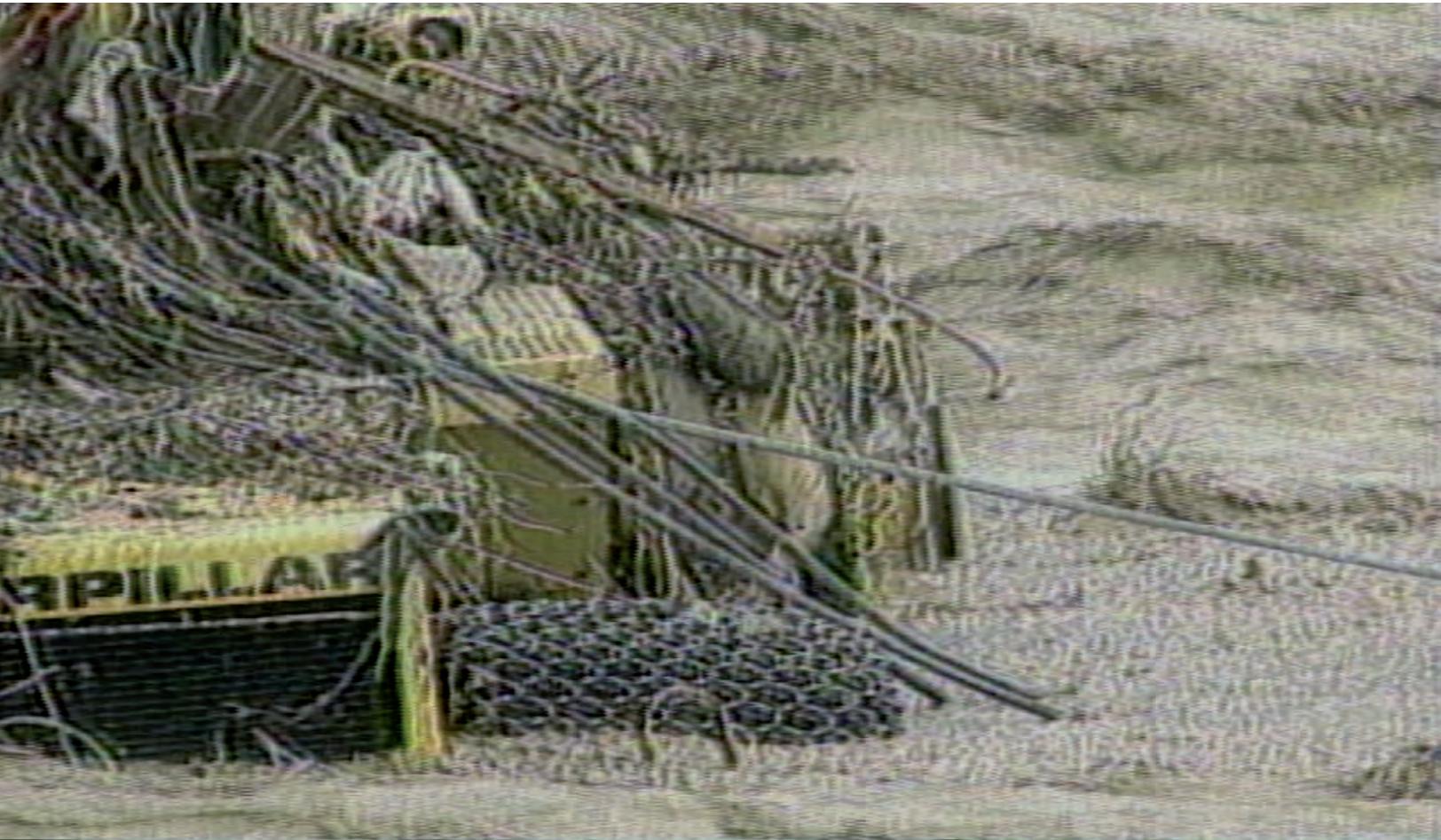
Así quedó una construcción que estaba ubicada en Morones Prieto y Corregidora. Al fondo se lee la propaganda de quien fue el candidato del PRI a la alcaldía de San Pedro, Juan Manuel Parás en 1988.



Una carretera totalmente destrozada por la fuerza de la corriente.



Así quedó esta pesera, luego que fue encontrada por los rescatistas entre toneladas de escombros.



Este es el trascavo en que perdieron la vida el comandante, César Cortés y sus valerosos oficiales. Se aprecia el cuerpo de un policía judicial que colgaba atado a la pesada maquinaria.



Otra escena del trascavo en qué los policías judiciales, encabezados por César Cortés, intentaron rescatar a los pasajeros de los autobuses. AL fondo el puente Miravalle que esa noche atravesaron en una combi, Santiago González y sus camarógrafos de Canal 2 de TV



Triste despedida de decenas de víctimas mortales del huracán Gilberto, que fueron a parar a la fosa común.



Se aprecia la cantidad e muertos sepultados al día siguiente en la fosa común... 195 y más.



Lo que quedó del autobús de Transportes Chihuahuenses...



El trasego en medio del río Santa Catarina, testigo de un acto heroico, que culminó con la vida de los policías judiciales encabezados por el comandante, César Cortés.



El río Santa Catarina fiel testigo de las grandes tragedias que ha vivido Monterrey desde 1611.



Muchos vehículos fueron la tumba de los automovilistas que osaron meterse bajo los puentes que atraviezan el río Santa Catarina.



Féretros con víctimas que jamás fueron reconocidas por sus familiares.



En trailers fueron trasportados los ataúdes de las víctimas mortales del huracán Gilberto. Los restos encontrados fueron cientos, los desaparecidos, jamás se supo.



El último adiós, sin derramar lágrimas ni lanzar flores...



Los panteones municipales resguardan los restos de cientos de víctimas del huracán Gilberto.



La población se convirtió en protección civil, tratando de rescatar a automovilistas que la corriente arrastró. Unos se salvaron, otros pasaron a mejor vida.



El autobús de la línea de Transportes Chihuahuenses, número 1906, fue la tumba de sus pasajeros, fue encontrado al amanecer a la altura del puente Guadalupe.



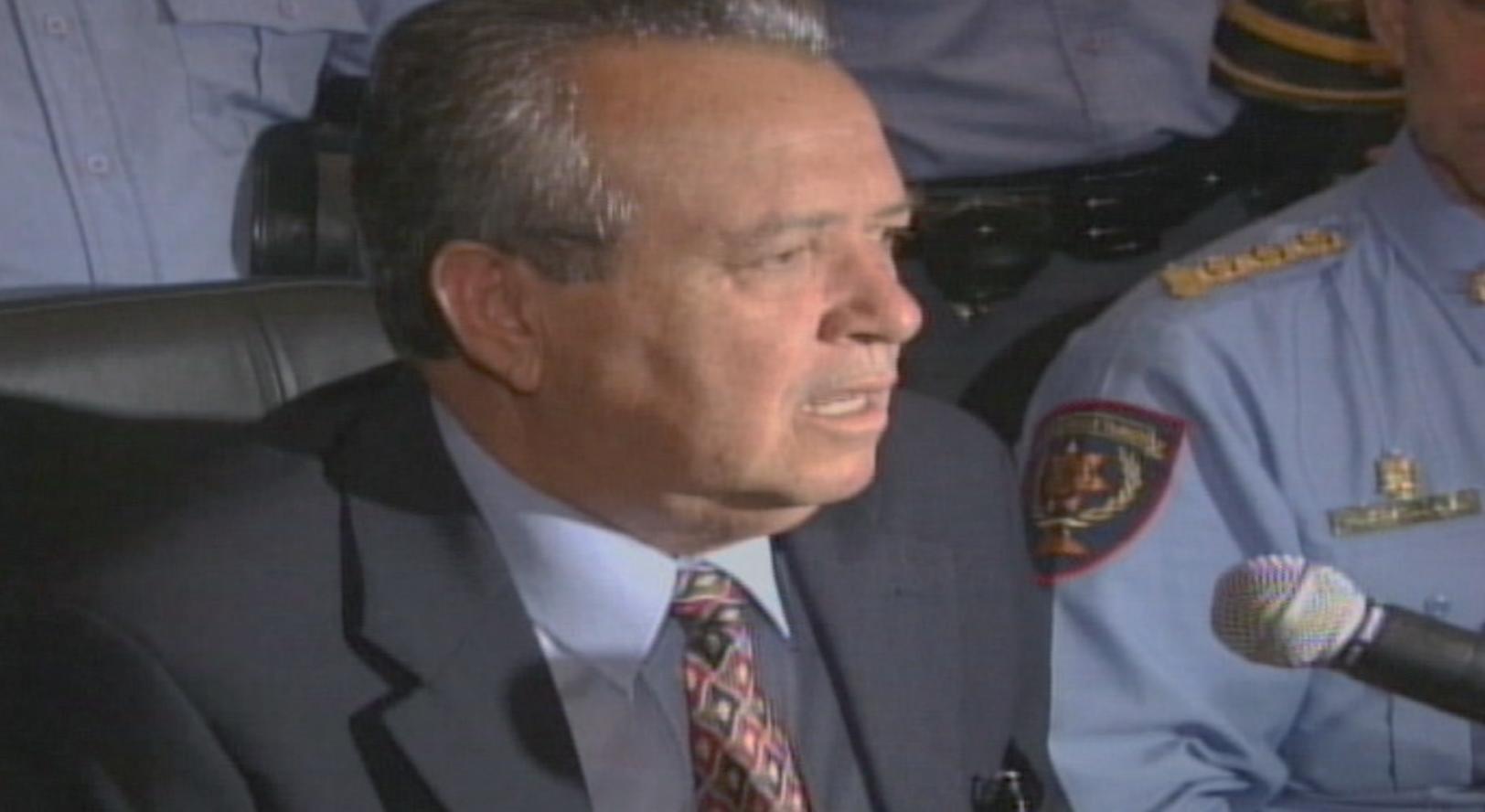
Gente cruzando el puente Zaragoza la mañana del 17 de septiembre del 88



Los restos de las víctimas del huracán Gilberto descansan en los panteones municipales



Muchas víctimas ven como algunos rescatistas desenterraron los vehículos que el agua arrastró.



Lic. Juan Francisco Rivera Bedolla, anunciando que el comandante, César Cortés, había perdido la vida, junto con 4 de sus policías judiciales.

AL CUMPLIRSE EL PRIMER AÑO
DEL EMBATE DEL
"HURACAN GILBERTO"
EL PUEBLO DE MONTERREY
RINDE TRIBUTO A QUIENES PERECIERON
Y DEJA ESTE TESTIMONIO COMO
RECONOCIMIENTO PERMANENTE A LA
SOLIDARIDAD
QUE UNIO A LOS REGIOMONTANOS
CON LOS PUEBLOS HERMANOS
MONTERREY N.L. SEPT. 17 DE 1989

La placa que colocó el entonces alcalde de Monterrey, Sócrates Rizzo, en el primer aniversario de la tragedia.



Un año después del Gilberto, Santiago González ya era reportero de Multimedia y en esta foto aparece en el saludo navideño de 1989 que ofreció el Gobernador, Jorge Treviño Martínez.



Los camarógrafos de izquierda a derecha: Jaime Rodríguez y Fabián Rojas con la reportera Emilia Mud.



Los camarógrafos de izquierda a derecha: Fabián Rojas, Ricardo Peña y Jaime Rodríguez.

AGRADECIMIENTOS

A mi esposa, Alma Graciela Ramírez Castillo, fiel y sólida compañera de andanzas y proyectos; a mis hijos Santiago y Santiel, reservas del México con mejor futuro que deseamos.

A mis padres, Dionisio González Zamarripa y Ofelia R. Soto Lozano; a mis hermanos Flor, Taide Esther, Salvador, José Darío, Eduardo, Imelda, Diana, Edgar y Claudia sembradores de una cultura de ascender en las adversidades.

A mis profesores de quienes heredé los conocimientos para el ejercicio de un periodismo responsable y social.

A mis maestros en la vida de quienes aprendí que el éxito está en en la actitud de cambio.

ÍNDICE

- Mensaje del Rector de la UANL, Dr. Jesús Áncer Rodríguez — 9
- Prólogo — 11
- Introducción — 13
- 15 de septiembre de 1988 — 16
- Viernes 16 de septiembre — 20
- El desfile que nunca sería noticia — 23
- Medios anuncian arribo de Gilberto — 24
- Incrédulos, vacilamos con la llegada de Gilberto a Monterrey — 26
- Nace Gilberto en el Caribe — 31
- Día 10 de septiembre: Gilberto se convierte en huracán categoría 3 — 32
- Día 12 de septiembre: Gilberto toca tierra en Jamaica — 33
- Arremete contra islas Caimán — 34
- 14 de septiembre: Gilberto toca tierra en la península de Yucatán — 36
- 16 de septiembre: Gilberto entra a la Carbonera, Tamaulipas — 37
- Provoca Gilberto inundaciones en las escobas y hogares ferrocarrileros — 38
- PRIMERAS NOTICIAS DE LA LLEGADA GILBERTO A NUEVO LEÓN — 41
- Noche del 16 de septiembre — 42
- 17 de septiembre la hora 00:00 — 47

- Muere el comandante. César Córtes, se salva Rogelio Ayala. 00:50 — 52
- “Tsunami” devora autobuses — 56
- Ondean Pañuelos desde autobuses — 57
- Desaparecen autobuses con 16 pasajeros en corriente del río Santa Catarina — 59
- Nuevo León: Tormentas, huracanes y destrucción desde la fundación de Nuestra Ciudad Metropolitana de Monterrey — 64
- Regresa el pánico a Monterrey: Alex 2010 — 67
- Tragedias de Monterrey ligadas al Río Santa Catarina — 69
- Todos en Nuevo León tenemos una historia que contar del huracán gilberto.
— 73
- Huracán “Gilberto” — 76
- Historias del Gilberto — 80
- EL GILBERTO EN IMAGENES — 83
- Agradecimientos — 122

Sobrevivientes del Huracán Gilberto, de Santiago González Soto se terminó de imprimir en el mes de agosto del 2013 en los talleres de la Imprenta Universitaria, UANL. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la autor, diseño editorial Emanuel Garcia

El periodista Santiago González Soto nos presenta en su libro *Sobrevivientes del Huracán Gilberto* un relato pormenorizado y secuenciado de la tragedia humana más lamentable en la historia de la entidad, registrada en Nuevo León hace 25 años. Su gran narrativa nos ubica en el ojo del Huracán Gilberto recreando la atmósfera increíble de lo que vivieron y grabaron tres camarógrafos (Fabián Rojas, Jaime Rodríguez y Ricardo Peña) de la televisora Canal 2, hoy Televisa Monterrey, el día 16 de septiembre y la madrugada del 17 de ese día en la zona cero, donde perdieron la vida decenas de pasajeros de autobuses foráneos, así como el comandante de la Policía Judicial del estado (César “el Campeón” Cortés) y cuatro de sus compañeros policías.

Los detalles, la denuncia, los cuestionamientos y las críticas propias de un reportero flotan a lo largo de este estupendo libro en el que, haciendo gala de una impresionante combinación de técnicas periodísticas, Santiago González Soto nos mete de lleno a revivir los momentos más impactantes de una historia jamás contada por periodistas, cronistas, investigadores e historiadores. Una crónica que va de lo informativo a lo opinativo e interpretativo de este acontecimiento, del que fue testigo y protagonista la madrugada del 17 de septiembre de 1988, cuando atacó el huracán de miedo.

ISBN 978-607-27-0168-7



9 786072 701687



"Educación de clase mundial, un compromiso social"

